
MATANDO
PARA
SOBREVIVIR
KASSFINOL
Convirtiéndome en zombi II

Título: Matando para sobrevivir

Serie: Convirtiéndome en Zombi II

Autora: Kassfinol

Copyright 2013 Kassfinol

Ilustración de la portada: Kassfinol

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento de su autora.

Dedicatoria

A todas esas personas que prestaron sus nombres para morir en este relato.

Agradecimientos

A Bea Silva y a Grace Lloper, por ayudarme cada vez que voy a publicar un libro.

A mi hermana Alexandra Otamendi, por inspirarme en la creación de unos de los personajes.

A Flory Chaver, por ser una increíble amiga. Por creer en mí, y apoyarme en todas mis locuras.

A ustedes, muchas gracias por siempre estar ahí para mí. Valoro su amistad y cariño verdadero.

Resumen

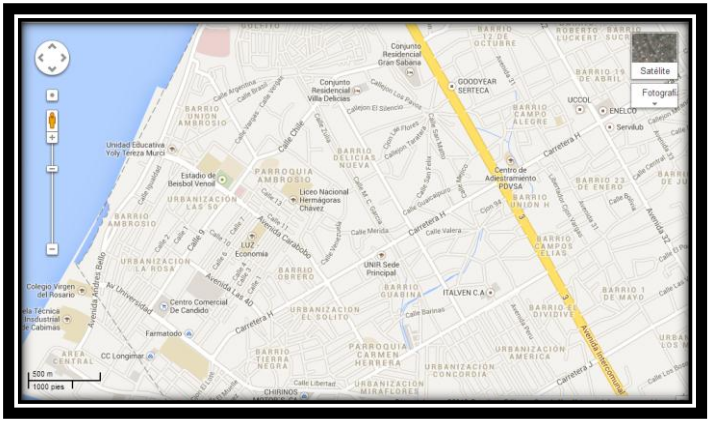
En este relato conocerán un poco más sobre la situación familiar de Danna García. Quien, aunque evidentemente nos mostró que era una joven decidida, terminó convirtiéndose en Zombi, cayendo en las manos de un cobarde al igual que ella… Marcos. ¿Danna una cobarde? ¿Cómo podríamos aceptar eso? Esas preguntas serán respondidas en…: Matando para sobrevivir. Hundámonos juntos, en el comienzo de todo este apocalipsis zombi.

Índice

Dedicatoria 5
Agradecimientos 5
Resumen 7
Índice 9
Anexo 11
Capítulo 1: Cambio de realidad 13
Capítulo 2: Proteger a la familia 19
Capítulo 3: Noticia oculta 25
Capítulo 4: Nueva salida 46
Capítulo 5: Teoría extraña 68
Capítulo 6: Viviendo una mentira 78
Capítulo 7: Nada es lo que parece 92
Capítulo 8: Pérdida definitiva 110

Anexo

(Mapa del Municipio Cabimas con los lugares mencionados en la historia)



Capítulo 1: Cambio de realidad

Eduardo, entró a la habitación de su hermana Danna dando tumbos tropezando con todo el desastre de ropa y zapatos que ella siempre mantenía en su habitación.

—Danna… ¡Danna! Levántate —exigió el joven atemorizado.

—¿Quéééé? deja de joder Eduardo… déjame dormir ¿Qué te pasa? —Danna se tapó la cara con la sabana, no sin antes ver que eran las cinco de la mañana.

—Danna… las noticas… ¡Dios levántate! —gritó Eduardo, mientras la zarandeaba con insistencia. El miedo salía de su cuerpo en gotas de sudor por todo su rostro.

—Salte de una jodida vez de mi habitación, antes de que aparezcas en las noticias… como el chico que amaneció golpeado brutalmente por su hermana —le gritó Danna, ya molesta. Quería dormir, no le interesaban ninguna noticia a esta hora de la mañana.

—¡Danna levántate ya! —gritó su padre, entrando a la habitación. Del grito potente que le dio su padre, ella brincó y sintió como dejó de respirar por unos segundos.

—¿Qué pasa papá? Acaso yo te falto el respeto irrumpiendo en tu habitación y dando gritos —Danna se fijó en la cara de Eduardo, y notó que estaba pálido y sudoroso. Su padre estaba mortalmente serio y tenía un arma en la mano. Lentamente volvió a mirar hacia Eduardo y este tenía un cuchillo enorme, el más grande que ella recordaba haber visto en su gran cocina— Hey ¿me van asesinar? ¿Por qué cargan esas cosas en mano?

—Deja los malos chistes, te quiero abajo en cinco minutos, vístete bien como si fueras a un lugar frío —su padre salió de su vista, pero Eduardo permaneció paralizado observándola.

—¿Qué te pasa? —vio que estaba vestido hasta el cuello, tenía hasta una bufanda… y Cabimas no era un lugar frio, al contrario la temperatura eran de unos 37°C en el día durante todo el año— ¿a dónde vamos, viajamos a Mérida?

Eduardo solo negó con la cabeza. Danna se bajó de la cama y caminó al clóset. Se percató que había mucho ruido. A pesar de que su casa tenía un gran jardín en el frente y su cuarto estaba de último –es decir daba al fondo de la casa–, podía escuchar perfectamente los gritos que provenían de afuera. Corrió la cortina de su cuarto y

observó gente corriendo despavorida de un lado a otro. Asombrada se dio la vuelta hacia Eduardo para quedar frente a él.

—¿Qué mierda pasa?

Casi se desmaya al escuchar la respuesta de su amado hermano. Él habló casi inaudiblemente… y tan lento… que sintió que todo era dicho en cámara lenta.

—Zombis… en las noticias dicen que hay un brote… se contagian con el aire… al… al… respirar… el virus está aparentemente en todos lados y unos se convierten de una vez, otros al ser mordidos… ya que son inmunes al virus… al olerlo… y… y —Eduardo se quedó en silencio, Danna caminó hacia él llevándose todo por delante, para poder agarrarlo con fuerza y moverlo por los hombros.

—Y… y… ¡¿Qué?! Habla de una vez —exigió Danna hiperventilando.

—Hay miles… millones de muertos vivientes en todo el mundo y solo han pasado aproximadamente siete horas desde que todo comenzó.

—¡Esto debe ser una maldita pesadilla! —Susurró Danna mirando hacia el suelo— ¡Si me estás jodiendo la

paciencia te juro que te dejaré un ojo morado! No estoy para chistes… dime… ¿Qué está pasando en realidad?

A Eduardo no le dio tiempo de responder, ya que Danna escuchó el timbre de su celular al repicar. Brincó sobre la cama para caer al otro lado de ésta y sostuvo el aparato, para darse cuenta que en la pantalla decía: Mamá llamando.

—Es mamá, dame un segundo… quédate aquí conmigo Eduardo —él asintió y caminó para sentarse al lado de Danna sobre la cama.

—Hola mamá ¿Qué ocurre por qué llamas a esta hora?

—¿Hija estás bien?… Dios… no puedo —su madre lloraba histérica y tartamudeaba las palabras.

—¿Qué pasa mamá? No llores… ¿Qué ocurre?

—Asesiné… sí… sí… maté a Sergio… no sé… no sé cómo… pero el intentó morderme… y me quité… no era él… ¡No!… no… era otra persona… estaba extraño —su madre empezó a gritar, y a llorar aún más desconsolada, mientras que Danna dejaba de respirar al escuchar la trágica noticia— Ya sabes, me levanté a las tres de la madrugada, para ir al baño y noté que Sergio no estaba en la cama, lo busqué y estaba fuera del apartamento… en el jardín del

edificio… intentaba entrar a nuestro hogar pero no podía, a su vez se tropezaba una y otra vez contra la puerta... estaba como ido… te juro que no era él —Danna se imaginó la escena y sintió miedo y a la vez un sentimiento de protección— lo dejé pasar, y no hizo más que atacarme, no entendía su comportamiento, me defendí como pude por varios minutos, pero cada vez se ponía aún más agresivo —Danna tenía los ojos como platos y la boca abierta, estiró el brazo y agarró la mano de su hermano con fuerza, y notó que él temblaba— En eso, no pude defenderme más… asustada y llena de adrenalina le golpeé la cabeza con un florero y al ver que seguía moviéndose, que no me hablaba por más que yo le preguntaba cosas, le incrusté en su cabeza uno de los pedazos de porcelana que quedaron regados en el piso. Fue ahí cuando dejó de moverse —Danna en completo silencio asimilaba todo lo que le acaba decir su madre, la escena contada por ella le parecía sacada de una película de terror— ¡Danna! ¿Estás ahí? Aló… hola —continuó Ángela por el otro lado del auricular, exigiendo la atención de Danna.

—Sí mamá, aquí estoy. Necesito que hagas algo por mí —el tono serio hizo que Eduardo se levantara de la cama y la viera asombrado— Agarra un cuchillo y vuelve

atravesar la cabeza de Sergio… y quédate dónde estás… no salgas… ni dejes pasar a nadie, en un rato saldré e iré por ti.

—¿Hija que dices? —preguntó Ángela, asombrada al otro lado de la línea.

—Tienes razón mamá, él no era Sergio —Danna tragó saliva, haciendo una pequeña pausa— él era un zombi.

Capítulo 2: Proteger a la familia

Danna ahora entendía todo, su padre quería que se cubrieran la piel lo más que pudieran, para evitar ser heridos si eran mordidos y así prevenir que los infectaran. Las noticias eran las mismas que le había contado Eduardo… un maldito apocalipsis zombi igual que en las películas, toda la gente no se contagió por el virus que estaba en el aire, la mayoría lo hizo porque fueron mordidas por las personas contaminadas… y todo era una reacción en cadena. Se manejaban varias hipótesis. Cada vez había más contaminados, más mordidos y más muertos que se levantaban para morder y descuartizar todo lo que se moviera. Todo indirectamente proporcional, entre más zombis… menos personas sanas.

—Maldición papá ¡Sí la voy a buscar! No me interesa lo que pienses —gritó Danna molesta. Buscando su juego de llaves.

—Es un suicidio, no debes ir sola —gritó su padre.

—¡Acompáñame entonces! Eres tú el que me dejará ir sola… voy a ir a buscar a mamá… no hablamos de ir a buscar un perro… eres un desgraciado egoísta… claro,

como la detestas, ahora quieres dejarla morir —la cachetada que le propinó Alfredo, su padre, aturdió los sentidos de Danna.

Ellos tenían una buena relación, se trataban como amigos y todo lo que pensaban, se lo comunicaban entre sí. Pero la situación no era la misma, ambos sentían un gran estrés. Danna tenía miedo de perder a su madre, y Alfredo no quería perder a su amada hija.

—¡Respétame Danna! Soy yo quien te cuida… ¡soy yo el que te ha protegido desde siempre! Para que ella se acueste todos los días con otro hombre… con ese desgraciado de Sergio —el tono alto de Alfredo, retumbó por toda la casa—. Yo solo te quiero cuidar, no me reclames eso.

—Es mi madre… y no me interesa tus celos… ni tus sentimientos… ni una mierda lo que quieras… gracias por cuidar de mi hermano y de mí, pero no te pedí traerme al mundo… ella es una irresponsable a veces… ¡¿sí, y qué?!... no deja de ser mi madre… y por tus malditos rencores no la voy a dejar morir sin hacer nada… no buscaré ni comida, ni provisiones, ni nada, hasta que mamá no esté a salvo… ¿me expliqué? —la determinación de Danna dejó asombrado a Alfredo.

—Yo te acompaño Danna —dijo Eduardo, caminando hacia ella. Dándole apoyo a las palabras de su hermana.

—Hijo, no… por favor no te vayas, afuera es muy peligroso. Vamos a buscar comida y a quedarnos aquí, hasta que venga alguien y nos rescate o todo esto pase, esta casa es muy segura. Siempre les di y compré lo mejor… no es momento de que me dejen solo.

—Entonces vente conmigo papá, rescatemos a mamá... además si te sirve de consuelo, mamá asesinó a Sergio hace unas horas, ya que él amaneció siendo un muerto… un zombi —la media sonrisa de Danna, indicaba satisfacción. Siempre había controlado a su padre pero de manera sutil para que no se viera muy evidente. Ella apreciaba a Sergio, pero era algo que no le demostraría a su padre en este momento— Además papá, entiende… mamá no era feliz contigo, si se fue con él hace tres años, ya es hora que termines de aceptarlo, al menos… ya que el susodicho está muerto ¿no crees?

—No seas tan cínica Danna, no es necesario —le regañó Alfredo.

—Realista querrás decir… además mamá no fue una mujerzuela… que estuvo con uno y con otro, simplemente

contigo no funcionó y se limitó a ser feliz, con un solo hombre… con Sergio.

—Cierto papá, vamos busquemos a mamá —insistió Eduardo, él siempre apoyaba las teorías y comentarios de Danna, a pesar de que en este momento estaba aterrado.

—Está bien, lo haré por ustedes… iremos por su madre y después de ahí… buscaremos comida suficiente y nos encerraremos aquí ¿entendido?

—Sí papá —mintió Danna. Mientras que Eduardo asentía sonriendo—. Pero yo manejo —sugirió Danna.

Alfredo, y Eduardo se montaron en el Nissan Tiida de Danna. Ambos en la parte trasera. Su padre tenía armas, así que ambos llevaban una, mientras que Danna se disponía a manejar.

—¿Papá que dicen en las noticias? —preguntó Eduardo, bajando el vidrio un poco para poder disparar con comodidad.

—Todo igual, aparentemente buscan la cura, no está nada claro… nos ha mandado a permanecer dentro de las casas y a evitar tener contacto con los extraños. Si hay gente infectada en casa, se deben eliminar con objetos punzantes en la cabeza o con armas, pero siempre apuntando o golpeando la cabeza. Solo han pasado horas,

todo es muy reciente… aún hay confusión entre la gente sana.

—Que inteligentes… entonces no ha dicho nada nuevo —Danna miró su reloj y eran las seis y veinte de la mañana, se fijó en la fecha: 25 de junio 2013—, espero todo esto acabe pronto no quiero pasar mi cumpleaños en este jodido apocalipsis.

Eduardo, negó con la cabeza sonriendo.

—Tranquila todo estará bien, confío en eso.

—Papá ¿será que atacaron a nuestro país con una bomba química, biología o algo? Yo no entiendo sobre eso —preguntó Eduardo, y Danna se quedó atenta, ya que ella también había manejado esa teoría.

—No lo creo, no sé sabe dónde empezó todo esto… pero sí que hay miles en el mundo ya infectados, según dijeron en las noticias.

—Eso es terrible papá —respondió Eduardo. Danna permaneció en silencio, encendiendo el motor y pisando el acelerador para que se calentara sin problema.

—Vamos por mamá y solo les pido un favor… ¡intenten no morir en el trayecto!

—Cuenta conmigo —respondió Eduardo, intentando no verse muy atemorizado. En cambio su padre

quitó el seguro de su arma, él defendería a su familia así muriera en el intento, pero eso era algo que no iba a decir… lo iba a demostrar.

Capítulo 3: Noticia oculta

—Voy abrir el portón Danna, intenta salir rápidamente evitando lastimar a alguien vivo… o mejor dicho a alguien que esté sano —dijo su Padre.

—Está bien, papá —Danna aceleró de nuevo varias veces el auto y subió el sonido del reproductor de música. Necesitaba pensar en otra cosa para mantenerse enfocada. Los gritos de desespero no dejaban de escucharse. Las alarmas de los autos no paraban de sonar, disparos y sonidos guturales… invadían la tranquilidad que siempre había a esta hora de la mañana en su vecindario. Algo que amaba de vivir en la "Urbanización las cincuenta" es que siempre había un completo silencio, las calles normalmente estaban solitarias y todo congeniaba con una absoluta paz.

La imagen al abrir el portón eléctrico la impactó. Habían dos cuerpos destrozados en el frente de su casa, personas corrían desesperadas y asustadas, dos niños lloraban y gritaban por sus padres, gracias a Dios vio como unos adultos los cargaron y salieron corriendo, para unos segundos después ver a cinco personas entre hombre y

mujeres caminar de forma lenta pero constante… sin percatarse que ella estaba a punto de sacar su automóvil del garaje de su casa.

—¿Esos… esos… son los zombis papá? —tartamudeó Eduardo, en tono bajo.

—Sí hijo… ya sabes, debes dispararle en la cabeza y no dejar que te muerdan esa es la clave —Danna vio por el espejo retrovisor como su hermano asentía haciéndose el valiente, pero ella tenía otro plan en mente.

—No gasten las balas… tengo una idea —dijo Danna, sonriendo ampliamente mientras sacaba el auto rápidamente y se llevaba por delante a tres de esos zombis… frenó bruscamente y empezó de retroceso para atropellar a los otros dos que quedaban caminando por la carretera— Listo papá ya puedes cerrar el portón eléctrico. Danna aún sonreía mientras Eduardo estaba pálido y su padre la observaba con los ojos como platos— ¿Qué, por qué me miran así? No son personas, además no herí a nadie sano, hasta podría decir que salvé a esos que estaban corriendo.

Danna vio por el retrovisor… para atragantarse con su propia saliva. Unos zombis se comían el cuerpo de una mujer… estaba segura que la acababa de ver pasar.

—Busquemos a mamá… no perdamos el tiempo —concluyó Danna, enfocando la vista de nuevo hacia el frente.

Manejó como pudo, las calles en ese sector estaban muy congestionadas. Las personas disparaban en la frente de los zombis que se acercaban a las colas de los automóviles, pero salían como moscas de todos lados. Había un punto a favor, todo había comenzado muy de madrugada, así que la gente infectada estaba encerrada en casa, ya que a esa hora no habían muchas personas en la calle, pero no podía engañarse a sí misma, las personas que no amanecieron siendo un zombi, habían corrido para salvarse y habían dejado las jodidas puertas abiertas de sus casas, dejando así libres a los recién convertidos. Sin contar que a pesar de que Cabimas no ser una ciudad nocturna, muchas personas se divertían a esa hora del día y por ende, esos individuos si no corrieron con suerte… eran en estos momentos unos HDP zombis.

—Gracias a Dios que no vivimos en una ciudad donde hay millones de habitantes… estoy seguro de que ya hubiéramos estado muertos… o por lo menos no podríamos manejar —dijo Alfredo, disparándole en la cabeza a un zombi que se acercaba a su auto.

—No quiero saber cómo está la gente de Maracaibo —musitó Eduardo, recordando que tenía unos cuantos amigos allá.

—Enfoquémonos en llegar a Villa Delicias, traigamos con nosotros a mamá y luego vemos quiénes de nuestros familiares más cercanos o amigos están vivos —sugirió Danna, con media sonrisa ofreciéndole consuelo a su hermano. Alfredo y Eduardo asintieron. Viendo que ya estaban cerca del edificio donde vivía Ángela, Alfredo se alteró.

—¿En qué piso vive tu madre, Danna?

—En planta baja… ¿no lo recuerdas papá?

—Intento no pensar mucho en ella, cariño —respondió con sinceridad Alfredo.

—No te preocupes, no tendré que subir… no hay mucho riesgo. ¿Quedan suficientes balas?

—Sí hija, pero dentro de poco tendremos que buscar más para defendernos.

—Ya lo tengo pensado papá —contestó Danna, estacionando el auto frente al edificio.

—¿No dijimos que nos quedaríamos en casa y solo buscaríamos comida? —intervino Eduardo, con rostro preocupado.

—Buscaremos lo necesario para sobrevivir hasta que alguien nos encuentre —respondió Alfredo. Él tenía claro que la situación era muy peligrosa y que quedarse a esperar no era una opción realista, debía buscar proteger lo más que pudiera a su familia.

En el jardín del edificio se encontraban cuatro zombis arrastrándose, el lugar estaba desolado, no había automóviles en el estacionamiento del frente. Aparentemente la gente se había ido o estaban todos aún dentro del edificio. Alfredo miró su reloj y eran las siete y diez de la mañana, ya el sol alumbraba perfectamente las calles, eso lo ayudaría a moverse mejor.

Él abrió la puerta del Nissan y Danna dijo:

—¿Hey, a dónde vas? —la pregunta tomó desprevenido a Alfredo.

—Voy a buscar a tu madre —respondió.

—No papá, yo la vine a buscar. Tú te quedas aquí cuidando a Eduardo… yo soy más ágil que tú y menos cagada que él —miró a su hermano y sonrió en modo de burla— traeré a mamá y nos iremos de aquí ¿me entiendes?

—Hija no es seguro… mejor es que vayamos los tres así nos apoyamos.

—No, tú cuida que ninguno de esos muertos entre al edificio… yo sabré cuidarme cuando esté dentro… siempre vengo a este lugar… sé dónde puedo esconderme y cómo defenderme.

Alfredo permaneció en silencio y miró a Eduardo. Este respiraba rápidamente, estaba seguro de que estaba muy asustado. Danna tenía un punto. Él en tres años solo había venido una vez, ni se acordaba dónde estaba la puerta principal. Así que no había remedio, debía aceptar el plan de Danna.

—Activa el cronómetro de tu reloj Danna, ¿cuánto crees que te tardes? Si veo que no sales iremos por ti.

—De acuerdo, dame solo 5 minutos… llamaré al celular de mamá para que esté atenta, así solo debo llegar a la puerta principal y protegerla de que nadie nos lastime.

—¡Bien! Llama a tu madre entonces.

Danna buscó su celular y llamó a su madre. El celular repicó más de seis veces y jamás contestó.

—No contesta, iré por ella —Danna tenía un mal presentimiento— coloca diez minutos papá, si en ese tiempo no estoy de vuelta, piénsalo dos veces antes de irme a buscar. Danna quería a su madre, pero prefería ver vivo a Eduardo, que verlo morir por ella.

—Te doy diez minutos, y si te tardas un minuto más, puedes asegurar que iré a buscarte —respondió Alfredo, montándose en el asiento del piloto.

—Ok papá, estoy de acuerdo —ajustaron los cronómetros. Y una vez listo, Danna corrió hacia el jardín del edificio, no se molestó en disparar a los zombis que se arrastraban en el jardín, ya que no eran un peligro para ella. Al llegar disparó en la frente a dos zombis que estaban en la puerta principal del edificio que estaban parados ahí sin moverse. Caminó unos metros más, dentro del pasillo y tocó desesperadamente el timbre.

—Mamá… mamá… soy yo Danna, ábreme la puerta.

—Hija —escuchó a lo lejos.

—Gracias Dios, que no está muerta —murmuró Danna, tocando el timbre aún más insistentemente.

—Mamá ábreme, hay muertos aquí… no puedo estar tanto tiempo aquí sola… abre por favor.

—No puedo —logró escuchar Danna.

—Maldición —musitó— ¡Mamá ábreme la jodida puerta! —esta vez golpeó la dura madera.

—Hay un zombi en la casa, Nakary la vecina está en la sala, yo estoy encerrada en mi habitación.

—Mierda… mierda… piensa Danna —murmuró para sí misma.

—Ahhhh —escuchó el grito de una mujer— ¡Auxilio! —Danna se volteó apuntando con su arma hacia la escalera donde provenían los gritos. A los pocos segundos vio como una mujer caía dando tumbos y terminó tirada sobre el suelo. Danna caminó lentamente hacia el cuerpo.

—¡Cuidado! —Escuchó el grito, luego dos sonidos estruendosos de unos disparos y vio como el cráneo de la mujer en el suelo empezaba a derramar sangre— Es un zombi chiquilla —dijo una mujer que hiperventilaba— ¿Qué haces aquí? No te acerques a nadie, no sabes si puede estar contaminado con el virus —terminó diciendo la mujer con cuerpo atlético, no muy alta y ojos marrones. La verdad era muy bonita, vestía ropa de dormir. Pero se veía segura de lo que hacía.

—Esa mujer no se veía como un zombi, estoy segura que ella gritó pidiendo ayuda —dijo Danna, asombrada.

—Lo iba a ser… fue mordida… simplemente le ahorré dolor.

—¿La asesinaste? —preguntó Danna asombrada.

—No, ya ella estaba muerta, como te dije solo le ahorré dolor… mejor sal del edificio, yo vivía en el piso siete y ya aquí solo queda gente muerta. ¿Qué haces aquí?

—Busco a mi madre —respondió Danna, soltando aire audiblemente.

—Suerte con eso, yo mejor me largo de este lugar. Toda mi familia está muerta, se comieron unos a otros. Gracias a Dios siempre dormí en mi cuarto encerrada, y armada. Mi padre era general del ejército. Así que por eso tengo unas de esta conmigo —le enseñó el arma— te aconsejo busques con que defenderte —la chica era elegantemente seria, se veía tan segura de sí que Danna se sintió protegida.

—Quédate conmigo, tengo una casa grande muy segura —soltó Danna sin pensar.

—Lo siento, debo buscar a unas personas antes que nada ¿Dónde vives, podríamos luego encontrarnos en ese lugar?

—Te digo donde vivo si me ayudas a rescatar a mi madre.

La joven se le quedó mirando, pensativa y al final respondió:

—¿Cómo sé que no me estás haciendo perder el tiempo?

—No podría engañarte, mi madre está en ese apartamento —señaló hacia la puerta— escondida en su cuarto y hay un zombi en la sala… me da miedo entrar y no poder salvarla… no me jugaría con eso, ayúdame por favor —rogó Danna, esperando una respuesta positiva de la recién conocida.

—Soy Flory Chaver y estás de suerte, te ayudo, me das la dirección y me largo… ¿me entendiste?

Dana asintió, lo siguiente que pasó la dejo aturdida y se prometió a sí misma ser así lo antes posible… la chica era muy decidida. Flory disparó a la cerradura de la puerta, la pateó y entró a la casa de su madre. Danna vio cuando la amiga de su madre, Nakary, volteó para caminar lentamente hacia ellas, Flory sin pensarlo le disparó en la frente con un tiro limpio. Luego subió y bajó los hombros diciéndole:

—¿Esa no era tu madre cierto?

—No —Danna le respondió, colocando los ojos en blanco.

—Ok, dame tu dirección, nos vemos en cuanto pueda ir allá. Dame también un número al cual llamarte.

—No tengo donde anotártelo, espera un momento.

—Solo dime, yo tengo excelente memoria.

Danna, le dictó la dirección y el número telefónico y en cuanto terminó dijo:

—Ya sabes, busca sobrevivir a como dé lugar… ya tienes un lugar que según tú es seguro, busca armas y luego te preocupas por la comida… en ese orden ¿me has entendido?

—Sí, muchas gracias Flory, lo he entendido todo.

—¿Cómo es tu nombre niñita?

—Soy Danna García.

—Nos vemos Danna —dijo la chica sonriendo y salió del lugar. Su reloj soltó un sonido.

—Mierda ya pasaron ocho minutos —susurró Danna, lo había puesto para poder salir antes de que su padre se le ocurriera entrar al edificio.

—Mamá soy yo, ya puedes salir —no escuchó respuesta de su madre.

—Mamá ábreme la puerta, nos tenemos que ir.

—Voy… voy hija —Ángela abrió la puerta y sonrió—. Gracias por venir por mí, hija.

—No te preocupes, vámonos, corre… debemos llegar al auto.

—Espera, hice compras hace dos días, saquemos la comida y llevémosla con nosotras.

—Mierda mamá es peligroso, me acaban de decir que el lugar está lleno de muertos en los pisos de arriba.

—Vamos, hija llevemos lo que podamos —insistió Ángela. Se sentía un poco mal, no entendía lo que ocurría. Pero sabía que debía llevar provisiones para sus hijos.

—¡Me lleva el diablo! Ok, mamá… apúrate… recoge lo que puedas.

Ambas empezaron a meter en bolsas todos los alimentos que pudieron llevar. Unos segundos después empezó a sonar el pitido del reloj, la alarma de los diez minutos.

—¿Qué suena hija?

—Mierda, en unos minutos veremos aquí a papá.

—¡¿Vino contigo?! —preguntó asombrada Angélica. Ella sabía que él la detestaba. Si pudiera tener la oportunidad de pegarle un tiro en la cabeza, lo haría.

—¡Sí! Pero no de buena gana, claro está —respondió Danna, en tono irónico.

Ya con las bolsas llenas, estaban listas para salir. Pero tenían un problema. Tres zombis acababan de entrar a la sala atraídos por el sonido del reloj. Danna disparó a uno

en la frente y este cayó tendido en el suelo, pero cuando quiso dispararle a los otros dos, notó que no tenía balas.

Mierda, papá dijo que las armas tenían balas ¡maldición! —pensó Danna.

—¡No dejes que te muerdan, mamá! —gritó Danna, mientras agarraba un cuchillo y caminaba cautelosamente hacia uno de los zombis para no fallar en su movimiento… tenía que incrustarle el cuchillo en la cabeza.

—¿Por qué hija? ¿Qué pasa con eso? —la pregunta desconcertó a Danna.

—Mamá, mierda por favor haz lo que te digo —gritó Danna, mientras incrustaba el cuchillo en la cabeza del zombi. Segundos después, escuchó el sonido de un arma disparándose, y vio que su padre y hermano entraban a la sala.

—Por lo que veo no tenías la situación controlada —le reprochó Alfredo a Danna.

—No, papá me distraje llenado las bolsas de comida.

—No hay problema, lo importante es que están bien —Alfredo pasó por el lado de Ángela sin mirarla; entre él y Eduardo agarraron todas las bolsas de comida—, vámonos este lugar está lleno de zombis, puedo escuchar como cada vez más empiezan a bajar por las escaleras.

—Está bien papá, vámonos mamá, agarra esas bolsas que quedan… vamos hacia mí carro —dijo Danna alentándola, estaba como ida. Antes de salir Ángela se fijó en el cuerpo tendido en el suelo del hombre al que ella amaba. Sergio estaba boca abajo a un lado de uno de los muebles. La escena en la sala, casi le provoca el vómito a Eduardo. Alfredo haló a su hijo y empezó a caminar hacia el automóvil.

Ya dentro del carro, Danna tomó el volante y encendió el vehículo. Su madre se sentó en el asiento del copiloto. Mientras que Alfredo y Eduardo se sentaron en el puesto trasero. La comida la guardaron en el maletero antes de que cada uno tomara asiento.

—Papá ya tenemos comida, vamos a casa ¿te parece? Y luego salimos a buscar municiones para estar más seguros —Danna miraba a su madre, se veía diferente, cansada, agotada. La entendía ya que esta situación no era fácil.

—Si estamos en casa no necesitaremos las municiones —respondió Eduardo, de forma tajante.

—Buscaremos a los demás ¿o no? de igual forma debemos tener balas, y más armas… tarde o temprano

tendremos que salir y debemos defendernos —respondió Danna en tono exigente.

—Vámonos a casa hija, cuando estemos allá pensaremos mejor.

Ya en vía a su casa, la carretera estaba igual de congestionada, pero fluía el trafico un poco mejor. Danna decidió ingresar por varios callejones para acortar camino y llegar más rápido a su hogar.

—Sí, Alfredo. Danna tiene razón —Ángela se movió en el asiento, se sentía muy mal.

—Mamá ¿te sientes mal? te ves diferente —dijo Eduardo.

—Me siento un poco mal hijo, tengo calor, cansancio desde que me desperté no he dormido… quiero dormir… descansar —Ángela tosió, tapándose la boca con una de sus manos, sintió algo caliente en ella. Al retirar la mano, notó que tenía un coágulo de sangre. Se asombró y escondió su mano para que no la vieran.

—¡Hey, mamá que fue eso! ¿Eso qué botaste fue sangre? —preguntó Eduardo insistiendo. Él había visto la reacción de su madre.

Ángela negó rápidamente con la cabeza y guardó silencio. Su corazón palpitaba rápidamente desde hacía

unos minutos, hasta el punto que le dolía, sentía punzadas con tanta intensidad que le provocaban la pérdida del control de su cuerpo… y se le iba la visión por momentos.

—¡Mamá! —Eduardo la tocó y se dio cuenta que estaba muy caliente—. Mamá tienes fiebre ¿qué tienes?

Cuando Danna escuchó, tomó aire audiblemente. Alfredo estaba en silencio y Eduardo sentía unas fuertes ganas de llorar.

—Mamá, siempre fuiste mala mintiendo, tienes fiebre y eso que botaste de la boca fue sangre… —Danna volvió a sostener el aire y pasó una mano por su rostro— ¿Te mordieron cierto, estás herida?

Ángela empezó a llorar. Y asintió colocando las manos en su rostro, cómo si con eso pudiera esconder su realidad.

—¿¡Te mordieron Ángela?! —preguntó Alfredo, en tono alto y autoritario.

—¡Sí! Pero yo no sabía que implicaba eso. Hasta que Danna hace un momento, cuando entraron esos zombis a la sala, me dijo que no me dejara morder… deduje que era malo… no sé… no entiendo… solo sé que desde que mi vecina me mordió en un costado —Ángela subió su camisa

y tenía una venda a la altura de la costilla que tapaba la herida— empecé a sentirme mal.

—¿Hace cuánto tiempo fue? —preguntó Danna, recordando la conversación de la chica que acaba de conocer: «No, ya ella estaba muerta, como te dije solo le ahorré dolor».

—Hace alrededor de media hora, ella llamó a mi puerta, se sentía muy mal, lloraba pero yo la vi bien como siempre, al menos hablaba… no como Sergio que solo hacia ruidos con la garganta. La dejé entrar y como he pasado una semana muy fuerte, me acosté un momento en el mueble, para esperarte… como me sentía segura, no vi problema… supongo que me quedé dormida; me despertó el horrible dolor que Nakary me provocó al morderme. Como pude… aterrada y confundida… corrí y me escondí en mi habitación. Ahí me limpié la herida y te seguí esperando. No pude responderte el celular, asumiendo que eras tú la que me llamaba, porque lo dejé olvidado en la sala cuando mi amiga me atacó.

—Está bien mamá no pasa nada —mintió Danna, sintiendo como se le salían las lágrimas, detuvo el auto y se dio la vuelta para quedar frente a su padre— papá, maneja

tú lo que queda de camino, por favor. Y tú Eduardo pásate hacia adelante, quiero pasarme para atrás con mamá.

Ambos asintieron. Salieron del carro, mientras se cambiaba de puesto, Eduardo disparó sobre dos zombis que caminaban hacia ellos, no logró darles en la cabeza pero los dejó arrastrándose sobre el suelo. Ángela se asustó y entró con rapidez de nuevo al automóvil.

Una vez de nuevo en camino hacia la casa. Danna aceptó la realidad. Intentaba no llorar, pero no podía.

—Vamos hija, no llores. No es para tanto. Me pondré bien. Supongo que el cansancio me puso así y la fiebre ya se me pasará.

Ángela como era evidente estaba en shock, algo le decía que moría, pero en su mente no aceptaba su realidad.

—Sí, mamá tienes razón, ven recuéstate aquí —Danna le ofreció las piernas a su madre. Y ésta se acostó a su lado cómo pudo. Eduardo volteó para ver la escena y sus lágrimas no dejaban de salir, él sabía que minuto a minuto su madre moría lentamente… que una vez que una persona era mordida, no había marcha atrás.

—Papá, busca llegar más rápido, mamá dejó de moverse —tartamudeó Danna.

Alfredo sintió la presión de la noticia y aceleró el auto.

—Oye…mamá —susurró Danna, moviéndole el cuerpo a su madre—. Mamá, despierta ya falta poco para llegar.

No hubo respuesta.

—Vamos papá apúrate… mamá se ha quedado dormida… puedo sentirle aún el pulso.

—Danna, no es seguro lo que estás haciendo —dijo Eduardo, aun llorando.

—Mamá merece todo esto —el cuerpo de Ángela empezó a moverse sin control por unos segundos que parecieron eternos, estaba convulsionando. Danna se asustó un poco y la levantó para poder verla a la cara.

—¡Mamá! —gritó Eduardo. Mientras Alfredo apretaba el volante, enfocándose en la carretera, ya iban a llegar. Estaban a solo cinco minutos de estar de nuevo en casa.

Ángela dejó de convulsionar, sintiendo que le quedaba poco para morir, le ardía respirar, el dolor de cabeza no lo soportaba, estaba concentrada porque quería decirles algo importante a sus hijos.

—Todo estará bien hijo, te amo —tartamudeó viendo a Eduardo, luego se volteó hacia Danna y dijo—: Lamento mucho el haberme alejado de ustedes hace años —fueron las últimas palabras que dijo Ángela, antes de sostener el aire por unos segundos ya que su corazón se detuvo causándole un fuerte dolor, segundos después cayó inerte sobre las piernas de Danna.

—Está muerta ¿cierto? —preguntó Eduardo.

Danna tragó saliva y le tocó el cuello a su madre, no sintió pulso. A su vez su corazón empezó a palpitar a mil por hora. Sabía que no podía dejarse morder, pero no tenía el valor para agredir a su madre.

—¿Danna, tu madre está respirando? —Alfredo hizo la pregunta en tono frio mirando por el espejo retrovisor.

Danna no pudo darle respuesta, solo negó con la cabeza y levantó el cuerpo de su madre para dejarlo a un lado de ella. Ángela parecía estar dormida.

Danna puso todo su cuerpo en alerta, sabía que cuando ese cuerpo se reanimara… esa mujer que tenía en frente ya no sería su amada madre.

—Llegamos —dijo su padre, sacando el control del portón eléctrico para activarlo y poder entrar— ¿Se ha movido tu madre, Danna?

—No papá —las lágrimas y el dolor en el pecho que sentía Danna, provocaron que el momento corriera como en cámara lenta para ella.

—¿¡Estás segura, que está muerta!? —insistió su padre.

—Sí papá, está muerta.

Alfredo sin previo aviso, se dio la vuelta hacia Danna y la miró por unos segundos. Lo suficiente para ver de reojo y darse cuenta que su exmujer empezaba a reanimarse, ella empezaba a sentarse, a levantarse, en cualquier momento los atacaría.

—Lo siento mucho muchachos, espero que no me vean jamás mal por esto que voy hacer —Alfredo sin titubear, levantó su arma y le disparó en la frente a Ángela. Ante la vista atónita de sus dos amados hijos.

Capítulo 4: Nueva salida

Eduardo había pasado dos largos días llorando la muerte de su madre… no solo por esa razón… sino por el fallecimiento de todos sus amigos y conocidos. No sabía de nadie, tanto que en ese momento no le interesaba nada. Quería salir de esa catastrófica realidad. No estaba preparado para vivir nada como esto.

Por otro lado Danna y su padre, estudiaban una y otra vez las rutas en un mapa de la pequeña ciudad de Cabimas, para armar un plan para encontrar armas. Ya que esa ciudad no tenía demasiados lugares donde conseguir municiones.

En Venezuela la venta de armas no estaba permitida desde hacía algunos meses, ni el porte de ellas. Aquellos que tenían un arma, era o porque de forma ilegal dieron con ella, o porque la compraron de forma legal y no quisieron entregarla en el momento que se dio la operación desarme convocada por el gobierno nacional. Tenían años en eso, pero las personas siempre hacían lo que mejor les parecía.

En su caso, el padre de Danna se había retirado del servicio policial hacía casi un año por problemas con su jefe. Él no tenía su arma reglamentaria, pero sí tres que había adquirido en compras ilícitas. Pero sabía que debía tener con que defenderse, ya que su salida de la policía no había sido muy amistosa y su trabajo le había adjuntado unos cuantos enemigos. Fue por eso que las conservó.

—Papá tenemos que salir y quedarnos con las armas, más personas deben estar como nosotros, planificando para buscar municiones, si no es que ya fueron y desvalijaron todo en los comandos y estaciones de policía.

—Creo que a esta altura no deben existir muchas personas. Han pasado dos días y no he visto un solo automóvil por la carretera. Solo se escuchan los sonidos de los pies arrastrándose de esos muertos.

Danna lo interrumpió diciendo:

—Sí y esos sonidos grotescos que hacen. Por cierto papá ¿has logrado comunicarte con alguien de la familia, algún otro sobreviviente?

—Sí, pero fue ayer.

—¡¿Por qué no me dijiste nada?! —preguntó exaltada Danna.

—Tu hermano y tú han estado muy agobiados por lo de su madre y amigos. ¿Para qué seguirlos mortificando? De igual forma las líneas telefónicas no funcionan. He intentado llamar hoy varias veces y no, es inútil, no logré comunicarme.

—¿De quién me hablas? —exigió saber Danna, mirando con mala cara a su padre. Alfredo a su vez se volteó para que su hija no pudiera ver su rostro mientras pronunciaba el nombre de la tía que ella más apreciaba.

—Doris.

Danna se levantó y caminó hacia su padre.

—Vamos a buscarla papá. ¿Cómo puedes estar tranquilo sabiendo que está viva? —Danna no podía con todo aquello. Estaba cansada de toda la situación, no se había permitido llorar más por su madre, para aparentar ser fuerte ante su hermano. Sus amigos y demás familiares estaban muertos y otros ni siquiera, sabían en dónde estaban con exactitud. Pero enterarse de esto, no lo soportaba—. Papá que mierda eres de verdad, ¿cómo puedes ser tan egoísta?

—No caeré de nuevo en esa conversación, no los quiero ver muertos y punto.

—Jódete papá… esta vez sabrás de lo que soy capaz —Danna furiosa, salió dando tumbos hacia su habitación. Ante los gritos de su padre:

—¡Danna ven para acá! ¿Qué vas hacer? ¡Danna!

Al llegar a su habitación, Danna cerró la puerta con todas sus fuerzas, haciendo que el sonido retumbara por el pasillo.

—Desgraciado… no lo soporto ¿cómo se le hace tan fácil controlarle la vida a uno? No le importa ni su propia hermana, nada más por la necesidad de estar seguro —murmuró Danna, caminando de un lado a otro, escuchando el sonido de su respiración, su molestia había provocado el calentamiento de su cuerpo y su corazón palpitaba tan rápido que sentía que se le saldría por la boca.

Se sentó y tomó bocanadas de aire para controlarse un poco. Segundos después escuchó que tocaban la puerta.

—Danna ¿qué ocurre, por qué gritó papá? —era su hermano.

—Vete Eduardo, no quiero hablar con nadie —respondió en tono ácido. Por su cabeza pasaban miles de ideas. Pero al final terminó eligiendo solo una… iría a buscar a su tía y traería armas consigo. Su padre era un

cobarde y ella debía demostrarle que así no se podía sobrevivir.

Danna tomó el arma que le había dado ayer su padre y se la escondió en la pretina del pantalón. No sin antes revisar si tenía todas las balas ya que el día que fueron en busca de su madre, las había disparado todas quedando el cartucho vacío.

Caminó sin vacilación hacia la cocina y vio que su padre no estaba ahí. Agarró la llave de la Hummer H3 Silver de Alfredo y un par de llaves de la casa. Eduardo vio mientras ella hacía todo eso. Así que desde la sala, miró a los lados para ver dónde estaba su padre. Asumía al no verlo que se había acostado. Él estaba al corriente que su papá se sentía muy agobiado por los acontecimientos de estos días y la rebeldía de Danna no ayudaba a la situación. Asustado y adivinando lo que iba hacer Danna, decidió darse la vuelta y caminar hacia la habitación de su padre, cerrando la puerta detrás de sí, para que él no escuchara el motor de la Hummer al encenderse.

Danna sentía su corazón a mil por hora, pero lo haría. Iría a buscar a su tía y traería municiones. Encendió la gran camioneta y abrió el portón eléctrico.

A su padre le encantaba las cosas costosas y con esa camioneta había hecho una gran inversión. La potencia era tal, que podría pasar arriba de varios de esos putos zombis y los aplastaría como carne molida.

Danna accionó el portón eléctrico y salió con rapidez del garaje, impactando la camioneta contra tres zombis. De inmediato cerró el portón eléctrico y vio que dos zombis habían quedado dentro de la casa. Asumía que su cojonudo padre se encargaría luego de ellos.

Ok, Danna, solo tienes unas pocas balas y una gran molestia, creo que esta es la estupidez más grande que has hecho en tus estúpidos diecinueve años, pensó agradeciendo a Dios que la camioneta fuera tan resistente y que la gente no hubiese sacado en su mayoría los automóviles de su casa.

—¡Claro idiota, los zombis no manejan! —se reprochó en tono irónico— desgraciados terroristas, hijos de la gran mierda… —varias hipótesis cruzaban la cabeza de la joven— apuesto esto era un virus que querían crear para vivir para siempre, los grandiosos médicos esos que les encanta jugar a ser Dios… o una bomba química… biologíca… algo… algo me dice que esto fue más que una simple situación que se salió de control —Danna hablaba sola dentro de la camioneta mientras manejaba. La calle

estaba más despejada que hace unos días cuando todo esto comenzó.

Algo captó la mirada de Danna… la luz de la gasolina se acababa de encender.

—¡Lo que me faltaba! Maldición… esto no puede estar pasándome —observó por primera vez dónde se encontraba, para darse cuenta que estaba por la Universidad del Zulia, en el núcleo de economía —la gasolinera más cercana estaba casi al final de la carretera "H" por el edificio principal de la universidad del Zulia, el núcleo de ingeniería. Estaba relativamente cerca, así que decidió manejar hacia allá.

En todo el trayecto no vio a nadie vivo caminar por las calles. Eran las tres de la tarde y el sol radiante que bañaba a la ciudad era como siempre. Solo que esta vez calentaba a un montón de carne podrida y a un cúmulo de varios carros abandonados en la vía.

Danna aplastó a dos zombis y atropelló a otros seis más, que estaban aglomerados en plena vía y que caminaban hacia su camioneta desde que detectaron el movimiento de la Hummer en la carretera.

—¡Hijos de puta! —gritó, mientras escuchaba los huesos partirse y sus cuerpo rebotar contra la camioneta—

¡Ya listo, listo ya estoy en la gasolinera! —Danna respiró hondo, sabía que debía bajarse para poder llenar el tanque.

—Mierda… mierda… —murmuró, sentía miedo. Se sentía muy segura dentro del gran vehículo.

Pero todo eso cambió cuando escuchó golpes en la parte trasera de la Hummer.

—Déjame entrar por favor —lloraba una joven.

—¡Ay por Dios! —soltó Danna, asombrada. La chica estaba sollozando, se veía aterrada, jamás la vio por donde salió.

—Llévame contigo, no me dejes aquí te lo suplico —rogó la joven, caminando y golpeando la ventana de la camioneta. La chica no podía verla porque los vidrios eran antibalas, y tenían un protector muy grueso que solo dejaban ver de adentro hacia afuera, pero no al revés— Estoy sola, por favor no me dejes aquí… tengo más de un día suplicando que me lleven pero nadie me ha ayudado — la chica para ese entonces lloraba sin parar, Danna observó que tenía en su mano un palo de madera, con el que ella suponía que se defendía de los zombis. La miró mejor y tenía un uniforme, era el de la tienda de 24 horas. Se dio la vuelta para mirar a los lados y notó que el negocio estaba cerrado con su santamaría.

¿Entonces de dónde salió? —Se preguntó Danna, viendo cómo varios zombis caminaban hacia la camioneta. La joven se percató de eso y se alejó para hacer espacio. Lo que vio la dejó asombrada.

La joven pateó a un zombi en la cabeza dejándolo tirado en el suelo, luego clavó el palo, que en su punta era filoso en la cabeza del mismo. La sangre negra se derramó por el suelo. Sin pensarlo la chica, atacó a otro perforándole la cabeza desde la cuenca de su ojo derecho, y no vio cuando uno de ellos se abalanzó sobre ella, pero Danna bajó el vidrio observando como la chica forcejeaba con el zombi, y sin pensarlo le disparó en la cabeza.

—Gracias a Dios no estabas muy cerca, sino esa bala te hubiera perforado a ti también la cabeza —Danna le sonrió a la chica— Lo siento, ya tuve una experiencia con alguien que pensaba estaba sano —el recuerdo de su madre pasó sin aviso en la mente de Danna y sintió una punzada en el pecho— por eso no te dejé entrar a la camioneta, espero no lo tomes personal… vamos entra.

—Gracias, pero primero deberíamos llenar el tanque por algo viniste aquí ¿o no? —respondió la joven sonriendo limpiando sus lágrimas. Ella había tomado clases de taekwondo, para el día de hoy había matado a más de

veinte zombis solo con un palo de escoba. Estaba desesperada porque la sacaran de ese lugar… todo el drama que había montado era para que se apiadara de ella, ya que se había dado cuenta que los sobrevivientes eran tan perros como los mismos zombis. Los pocos que habían visto, solo buscaban gasolina y comida. Por eso había cerrado el negocio, no le había permitido a nadie llevarse los pocos alimentos saludables que podían encontrar ahí. Sin mencionar toda la cantidad de golosinas, agua y licor que había dentro del establecimiento.

—Así es, gracias —respondió Danna, viendo como la joven delgada de cabello negro halaba la manguera y empezaba a llenar el tanque de gasolina. Una vez lleno entró a la camioneta.

—Soy Alexandra, gracias por salvarme, tengo un negocio lleno de comida, podemos sacar lo que podamos en este momento y luego volver, si es necesario —la joven sonreía y la miraba de forma amigable.

—Soy Danna, no fue nada —sonrió Danna, pero sin pensarlo dijo—: Dame las llaves —el tono exigente fue acompañado de la punta del cañón de su arma pegada a la frente de la joven— sí, sí sé que me puedes golpear, se nota que eres karateka… o lo que sea, pero esto se jugará así…

me das la llaves o te vuelo lo sesos en este mismo momento.

—¡¿Para qué me las pides si sé que igual me dispararás?! —la respuesta fue fría, pero rápida.

—Bien —Danna bajó el arma— aparte de saber defenderte, no eres mente débil… eso es bueno. Supongo que eso de llorar fue un teatro, siempre lo hacía con mi padre, cuando él no me daba algo.

La joven respiró profundo. Mientras que Danna encendía de nuevo el motor.

—Sí lo fue, estoy cansada de pedir ayuda y ser ignorada, aunque llevo muchas horas sin ver a nadie.

—Ni yo, vamos busquemos la comida que podamos encontrar, abriré el maletero y metes todo ahí, yo te cubro, tengo el revólver —se lo enseñó sonriendo— y solo tengo pocas balas por cierto, así que nos tocará ir a buscar donde conseguir más para poder defendernos.

—Está bien, eso mismo haremos —dijo Alexandra bajándose de la camioneta y caminando hacia el negocio. Quitó los candados de la santamaría y entró, al poco tiempo venía con varias bolsas llenas de comida. El procedimiento lo hizo siete veces, llenando el maletero y el

asiento trasero completamente de bolsas de alimentos. Al terminar, volvió a cerrar el negocio y entró en la camioneta.

—Dentro quedaron los licores, chucherías y otras cosas no muy importantes, luego podemos venir por ellas. Traje jugos, agua embotellada, gatorade, bebidas energéticas y toda la harina que tenía para la preparación de los desayunos. No es mucho pero tendremos para varios días.

—Contigo seremos cuatro personas, y aún falta buscar a mi tía.

—Hay más personas —soltó emocionada Alexandra, mientras Danna salía de la gasolinera, rumbo a buscar las municiones en la sede de la policía regional. El antiguo trabajo de su padre y unos de sus lugares favoritos, ya que ahí su padre le había enseñado a disparar.

—Sí, mi hermano, mi padre, una tía… tú y yo… aunque con esta última seriamos cinco, pero no sé si está viva… en un rato vamos por ella.

—Entiendo, ¿Cómo sabes que está viva? —preguntó curiosa Alexandra. Ella no sabía de su familia, había dejado el celular el día que fue a trabajar en su guardia nocturna, el día cero en que todo ocurrió. Y cuando estuvo segura para poder llamar, jamás contestaron… y ya luego las líneas empezaron a fallar.

—Se comunicó ayer con mi padre, no me preguntes cómo, ya que desde hace más de un día las líneas telefónicas se convirtieron en una gran mierda… como todo lo que ves.

—Esto es increíble, parece una película de terror —soltó Alexandra, mirando todo a su alrededor. Zombis comiendo los cuerpos de personas tiradas en la acera de la calle, carros lujosos y viejos abandonados a orillas de la carretera. Podía ver zombis encerrados en sus propias casas, una y otra vez intentaban salir pero no tenían la inteligencia para abrir las cerraduras, así como otro solo estaban yendo y viniendo caminando por un espacio reducido.

—Menos mal que el virus se esparció en la madrugada y los que se convirtieron creo que en su mayoría quedaron encerrados en sus propias casas —rompió el silencio Danna, volviendo a Alexandra a la realidad.

—Al menos en esta parte del mundo querrás decir, logré ver mientras me sirvió el internet los videos y reportajes de las personas comiéndose unas a otras, de las muertes instantáneas que provocaron las personas que portaban armas, y que no la sabían manejar que disparaban asustados contra personas y zombis a la vez, los niños

desamparados gritando por sus madres, los gritos de mujeres siendo comidas vivas por varios muertos a la vez… fue terrible, son cosas que no logro aún sacarme de la cabeza —Alexandra sintió nauseas al recordar todas esas cosas que vio vía internet.

—Entonces estamos de suerte. Aquí dio tiempo también de que las personas sanas salieran de la ciudad por lo que veo, porque hay pocos automóviles. Ya a los demás, al amanecer siendo unos zombis no les dio ni tiempo de sacarlos.

—Sí, supongo que despavoridos las pocas personas que no se contaminaron fueron a otras ciudades más cercanas.

—Espero que no hayan ido a Maracaibo, si fueron inteligente debieron ir a lugares menos poblados —dijo Danna analizando la situación. Estacionando la camioneta frente a la policía regional.

—Ahí adentro deben haber zombis… porque estos hombres duermen de noche —soltó Alexandra sonriendo.

—¡No todos! Mi padre en sus guardias nocturnas era muy responsable —respondió Danna con mala cara.

—No te ofendas, si eres inteligente no creo que tu padre ganara tanto dinero para poder comprarse una

Hummer… apuesto vives en una gran casa con muchos lujos —soltó Alexandra bajándose de la camioneta.

El comentario sacó de quicio a Danna.

—Desgraciada ¿Qué dices? ¿Que mi padre era algún mafioso que se ocultaba bajo un uniforme de policía? —gritó, caminando hacia la estación de policía, claramente se escuchaban zombis dentro de la pequeña infraestructura.

—Yo no dije eso, tú entendiste eso, Danna —Alexandra no lo había dicho, pero sí lo había pensado.

—Papá es millonario de cuna, mis abuelos tenían dinero y él trabajó como policía por puro gusto porque le gusta hacer el bien.

La respuesta de Danna desconcertó a Alexandra. Pero no dijo nada al respecto. A su vez se acercó a la gran puerta de vidrio y avistó a nueve zombis dentro. Que se tropezaban unos con otro. Y dos de ellos intentaban salir una y otra vez, golpeándose con la fuerte puerta.

—Hay nueve de ellos, no veo a nadie más. Es mejor que yo los entretenga por aquí y tú que tienes el arma les dispares por detrás, entrando por la puerta trasera.

—Me debes una disculpa… y sí, está bien yo conozco el lugar. Sabré cuidarme —Danna no esperó una

respuesta, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta trasera por un costado del pequeño edificio.

Alexandra, empezó a captar la atención de los zombis, golpeando con el largo palo la puerta principal. De inmediato los desgraciados muertos empezaron a caminar hacia ella. Vio como Danna sin ningún esfuerzo entró al lugar y disparó contra tres de ellos. Dejándolos tendidos sobre el suelo. Eso atrajo a los zombis hacia Danna, y fue ahí cuando Alexandra entró al lugar por la puerta principal y atravesó a cuatro de ellos con su palo, con golpes secos y precisos. Quedaban solo dos y estos dieron resistencia… saltaron agresivamente sobre Alexandra y esta como pudo le dislocó el cuello a uno y al otro se lo quitó de encima dándole golpes contra la pared. Para luego golpear el cráneo tan fuerte que dejó al zombi tirado sobre el suelo.

—¿Por qué no me ayudaste? —preguntó Alexandra indignada, respirando rápidamente y con sus manos sudorosas. No podía negarlo el contacto tan cercano le había puesto los nervios de punta.

—Porque me quedan solo dos o tres balas, además sabía que podrías contra ellos —Danna, bajó y subió sus hombros mirando la segunda puerta del pasillo, ya la primera la había abierto y revisado, para darse cuenta que

no había nada importante que llevarse. Faltaba por revisar esa segunda puerta. Danna apuntó con un dedo a Alexandra y le señaló la puerta.

Ella a su vez recostó su oído hacia la fría madera y no escuchó nada.

—Nada —musitó.

—Entonces, abre la puerta que cualquier cosa yo disparo.

Alexandra asintió y sin perder tiempo abrió la puerta. El cuarto estaba solo, pero con muchas balas y pocas armas. Así que debieron quitarles las nueve armas a los zombis y guardarlas en un bolso que encontraron en el lugar.

—Salgamos, vamos por tía ella vive cerca de aquí —susurró Danna. Alexandra asintió. Pero algo captó su atención.

Sintiendo cómo sus palpitaciones empezaban a incrementarse, caminó hacia la puerta. Pasando sobre los cuerpos inerte de los zombis que acababan de eliminar.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Danna.

Un coro de sonidos guturales venia de las afuera del edifico y desde la calle se veía uno que otro infectado desorientado, cómo buscando algo.

—¡Huy, mierda! no puede ser posible que ellos hagan ese sonido —dijo Alexandra, saliendo por la puerta principal con un arma en mano. Disparó a los dos zombis que se acercaban a la camioneta y al darse la vuelta hacia su mano derecha, casi se cae de culo de la impresión, a solo diez metros de ella caminaban más de cincuenta zombis, de forma continua y amenazante— ¡Maldición Danna corre! —gritó Alexandra aterrada, viendo como Danna agarraba el bolso y se tropezaba con el recién asesinado zombi que estaba en el jardín. Danna podía ver la cabeza de los muertos moviéndose, a través de la baja cerca. El bolso con todas las cajas de balas pesaban demasiado, pero lo arrastró rápidamente dejándose llevar por la adrenalina y antes de llegar a la camioneta quitó el seguro, para poder entrar en ella. A su vez Alexandra disparaba a los zombis que se acercaban. El sonido era desconcertante.

Agarró aire y como pudo subió el bolso a la camioneta. Intentó empujarlo pero el desgraciado pesaba mucho. Este terminó inmóvil al lado de todas las bolas de comida que había metido Alexandra.

—Bolso de mierda —murmuró Danna, desistiendo de empujarlo.

Alexandra disparaba y golpeaba a los zombis que intentaba acercarse por el lado izquierdo de la camioneta, donde también estaba Danna. Pero ya por la parte derecha, la del copiloto, unos veinte zombis habían rodeado el vehículo.

No saldrían vivas de ahí. De eso estaba segura Danna. Así que abrió la puerta de la camioneta y se dio la vuelta para ver a Alexandra.

—Gracias por todo, pero el mundo nos cambió las reglas. Tengo que dejarte aquí, sino no podré sobrevivir.

—¡Danna no! —gritó Alexandra, pero ella le disparó en un brazo y luego en una pierna. El aullido de dolor estalló en los oídos de Danna, mientras cerraba la puerta de la camioneta y colocaba los seguros. Los gritos de Danna habían logrado su intención, ahora los zombis caminaban hacia ella. Nada atravesaría esa camioneta. Estaba segura. Ya dentro, en la seguridad… vio como zombis devoraban a su recién conocida, mientras otros golpeaban una y otra vez la camioneta, no podían verla… pero los desgraciados sabían que ella estaba ahí dentro. Su plan no había tenido resultados ya que cada vez más zombis aparecían en el lugar. Caminaban en pequeños grupos de cincuenta o

veinte, pero eran demasiados para poder arrollarlos, o sacar una de sus manos y dispararles.

Casi dos horas después, los zombis que estaban al lado de la camioneta desistieron. Asombrada vio, como Alexandra caminaba lentamente a un lado de la calle, con medio rostro comido y parte de su cuerpo inexistente. La imagen jamás se le borraría de la cabeza.

Pero algo agobió su poca tranquilidad y sentimiento de culpa… su tía Doris, caminaba entre la muchedumbre de zombis, con la mirada perdida, la piel ensangrentada y la mitad de su cabeza en la parte trasera devorada. Doris vivía a dos calles de ahí.

—Supongo que el sonido de los disparos atrajo a toda esa multitud de zombis —susurró Danna, sosteniendo el aire y botándolo audiblemente.

Cuando vio que ya no se aglomeraban una gran cantidad de muertos en la calle, encendió la camioneta. Y tomó el camino contrario de los zombis hacia su casa.

El trayecto a casa, fue rápido y sin muchos altercados. Danna manejaba a alta velocidad desviando autos abandonados y atropellando a los zombis que estaban a su paso. No dejaba de pensar en lo que había hecho, su estupidez de salir sola y actuar de esa manera, había

cobrado la vida de una sobreviviente. La chica no era mala, no fue una egoísta, y sin ella no había logrado tener lo que ahora llevaba en su camioneta… era una perra, insensible y una cobarde... así se sentía… y solo eso se reprochaba. Si ella no hubiera salido, aún esa joven viviría en este momento, si las circunstancias hubieran sido distintas y hubiese salido con su padre como lo planificó… Alexandra estaría viva en estos momentos.

Hoy había entendido que ella era una gran cobarde, porque dentro de sí aceptaba que no mató a Alexandra para llevar las provisiones a su casa, sino que lo hizo para salvarse, y eso lo hacía aún más egoísta que su propio padre. Ella no tenía moral a partir de hoy de reprocharle nada, ya había entendido que lo único que él quería era proteger verdaderamente a sus hijos a pesar de cualquier cosa.

Al llegar, su padre la esperaba preocupado y su hermano la abrazó llorando. Los zombis que había dejado entrar al jardín al momento de salir ya no estaban.

—Danna, júrame que no lo volverás hacer —dijo llorando su hermano, abrazándola cuando se bajó de la camioneta.

—Lo siento Eduardo, te juro que no te volveré a dejar solo —contestó, apretándolo fuertemente.

Miró con vergüenza a su padre y dijo:

—Lo siento papá, no lo volveré hacer.

—Discúlpame hija, por quererlos cuidar sin mirar sus sentimientos.

—No papá tú tienes razón… es una causa perdida… y debemos cuidarnos unos a los otros —Danna abrazó a su padre y le dijo al oído—: Tía está muerta, y logré traer algunos víveres y armas.

—Es una lástima —contestó Alfredo, mirando a los cielos soltando una plegaria por su querida hermana, pero a los segundos continuó— ¿Cómo lo hiciste, cómo conseguiste todo eso? —preguntó abriendo la puerta de la camioneta viendo la gran cantidad de cosas que había traído.

—El sector estaba despejado, no pasé peligro —mintió Danna. Alfredo se dio cuenta que había mentido, pero prefirió no preguntar nada más. Él conocía a Danna, sabía de lo que era capaz, pero no tenía fuerzas para escuchar otra mala noticia, así que decidió solo agradecer a Dios que su amada hija estaba de vuelta en casa.

Capítulo 5: Teoría extraña

Han pasado cuatro meses, desde que toda esta pesadilla empezó. Aunque no todo es malo, desde que salí aquella vez y asesiné a esa chica por salvarme, no he tenido más problemas con papá. Al contrario, estamos muy unidos. Hemos conocido a más personas, pero algunas han muerto, otras solo iban de paso y solo tres han decidido quedarse en sus hogares, que según ellos también eran seguros. Tampoco sé si viven juntos o en casas diferentes. Jamás podemos establecer conversación con alguien porque siempre salen esos HDP zombis y nos arruinan la conversación. Hay mucha comida en los establecimientos que hemos visitado, pero hay demasiados zombis. Ahora se ven más… se aglomeran… caminan juntos en grupos más grande y todo parece una maldita serie de terror. Es más peligroso salir en este momento, que cuando todo esto empezó.

—Danna, cariño debemos ir a buscar comida ya solo nos queda para dos días y no podemos esperar más —dijo Alfredo, haciendo que Danna cerrara su diario de golpe—

¿Qué escribes hija? —preguntó curioso, acercándose hacia ella sonriendo.

—Nada papá, tonterías… lo hago para pasar el tiempo —Danna sostuvo su cuaderno y lo escondió debajo del colchón—. Espero no le digas a Eduardo donde lo guardo —sonrió y lo abrazó.

—No hija, tranquila. Bueno, vamos. Busquemos el mapa para ver que ruta podemos tomar para ir en busca de comida y agua potable.

Caminaron juntos hacia la cocina. Se sentaron en la mesa y empezaron a ver el mapa para buscar una ruta.

—Hija, creo que si tomamos la avenida universidad y vamos al establecimiento de comida que está cerca de la universidad del Zulia. Podremos obtener más alimento y así alargar el tiempo para volver a salir —Alfredo señalaba rutas alteras, carreteras menos transitadas para evitar conseguir automóviles mal estacionados y tener que quitarlos como lo habían hecho anteriormente.

—Papá ese lugar es peligroso… demasiado grande, busquemos algo más pequeño, más discreto —respondió Danna, recordando cómo en varias ocasiones debió cuidar de su padre, mientras se bajaba de la seguridad de la Hummer para encender o empujar los automóviles

abandonados que estaban en todo el medio de la carretera que obstruían el paso y así poder pasar con facilidad. En varias oportunidades hicieron lo mismo solo para tener la calle despejada. También les habían dicho a las pocas personas vivas que habían conseguido, que hicieran lo mismo. Ella esperaba que hubiesen ayudado a la causa, pero entendían que no todos eran tan meticulosos como ella y su padre. Además estaba segura que esa gente no se quedaría en Cabimas, lo más seguro es que iban de paso por la ciudad.

—Danna, esa ruta la tenemos despejada.

—Sí papá, pero ya te dije es peligroso.

—Todo es peligroso, hija. Considero que debemos ir y buscar mucha más comida de la que siempre traemos.

—Ok, entonces es mejor que te antojes de otro supermercado… y listo —Danna no pensaba negociar. Su padre a su vez se inclinó hacia atrás y sonrió ampliamente.

—¿Y si vamos con los vecinos? —la pregunta desconcertó a Danna.

—¿Qué vecinos? Los zombis papá ¿me estas jodiendo cierto?

—No hija —soltó una carcajada Alfredo—, ayer dos chicos entraron en una casa a dos casas de aquí, me dijeron

que estaban a la orden, que podríamos buscar comida juntos.

—Papá ¿cómo es que entraron a una casa que no es suya?

—Yo los ayudé.

—¿En qué momento fue eso? —Danna no soportaba su asombro, que ella recordará no había escuchado salir a su padre el día de ayer.

—Ayer al amanecer… muy temprano para que estuvieras despierta —Alfredo le guiñó un ojo y siguió la plática—. Vi que pasaron frente a la casa y salí para llamarlos. Ellos iban de paso, de hecho estarán aquí solo un máximo de cinco días, ya que no acostumbran a quedarse mucho en un solo lugar. Así que cómo ellos tenían alrededor de dos meses que no veían a nadie vivo, decidieron quedarse… pues iban rumbo hacia Ciudad Ojeda.

—Mmm, entiendo… ¿cómo fue que entraron a la casa?

—El portón estaba abierto, solo eliminamos a la familia Ocando que vivía ahí y listo. Ya están seguros y no los he visto salir.

—¿Todos eran zombis? —preguntó por inercia Danna, sabiendo la respuesta.

—Sí, pero el lugar desprendía un hedor, me dio nauseas al entrar… los zombis tenían ahí encerrados cuatro meses desde que todo esto comenzó si mal no recuerdo… y estaban diferentes, con menos carne… no desmembrados sino muchos más delgados… horribles. Esqueléticos y con la piel brillante, muy fea. Cuando nos vieron se volvieron locos, pero eran más errantes, podría jurar que se veían hasta desesperados por comernos.

—¿Tenían hambre? ¿Eso es lo que quieres decir? ¿Sentían? —preguntó Danna, dejando su boca abierta asombrada.

—Esos desgraciados creo que siempre tienen hambre… que matar es lo que les da más placer.

—No papá… hay algo —dijo Danna, pensativa y luego se arrepintió.

—¿A qué te refieres hija?

—Nada papá —mintió, recordando algo que pensaba de vez en cuando en sus momentos lógicos, cómo ella misma les decía.

—Papá los zombis, no matan… ok… ok… sí lo hacen, pero me refiero es que, aparentemente ellos no te

comen completamente… aaaa… mierda… ¿Cómo te explico?

—Sí hija ordena tus pensamientos y cuéntame lo que piensas.

—Ellos si pueden convertirte lo hacen, es decir tienen control de parar… no siempre se comen completamente a la víctima —Danna dejó de hablar, segundos después se incomodó un poco ya que su padre no dijo nada al respecto. Ella pensaba en eso y no le hallaba una explicación lógica pero sentía que tenía un punto— Papá creo que ellos no piensan claro está, pero sí pueden parar… fíjate —Danna pensó bien sus palabras antes de continuar, no quería terminar hablando de más— Tía Doris estaba muerta, era una zombi cuando la encontré ese día que salí sola en busca de armas… pero lo que no entiendo es ¿Por qué no se la comieron toda? Supongo que la mordieron varios porque vi sus heridas, así como hemos visto zombis desmembrados, hemos visto zombis perfectos… supongo que esos solo se despertaron en la mañana de ese día siendo un zombi… o corrieron una vez que fueron mordidos o heridos, pero lo que digo es que tampoco se comen entre sí.

—Sí, así mismo es… y supongo que cuando tienen mucha hambre se devoran a alguien completo entre varios —Alfredo organizaba las ideas rápidamente en su cabeza.

—¡Aja! Entonces es de suponerse que los Ocando amanecieron todos zombis y por eso no se mordieron entre sí, sencillo se quedaron encerrados muriendo de hambre lentamente… por así decirlo ya que son zombis… y actuaron frenéticos… cómo locos como tú dices cuando los vieron a ustedes entrar y abrir la casa —Danna recordó fugazmente los últimos minutos de Alexandra, viendo cómo no se la comieron entera, a pesar de que en el lugar habían más de veinte zombis, simplemente la mordieron lo suficiente para convertirla y dejarla operativa para que ella también pudiera moverse y comer.

—Sí hija, pero bueno… nos desviamos de la conversación. Debemos salir y buscar comida. Ambos o con ayuda de aquellos jóvenes.

—¿Tienen armas con que defenderse? —preguntó Danna, ella no quería estar cuidándole el trasero a nadie.

—Sí, los que no tenemos somos nosotros. Las últimas veces que salimos hemos disparado mientras apartamos los carros, para defendernos… estos cuatro meses no han pasado en vano.

—Sí, mi cumpleaños la pasé despejando carretera y asesinando a más de cien zombis.

—Y no olvides la gran fogata que hicimos a pleno día quemando los cadáveres de esos desgraciados —dijo Eduardo, entrando a la cocina— Hola papá, hola hermanita… ¿Cómo durmieron?

—Bien —respondieron al unísono Danna y Alfredo, extrañados de ver a Eduardo con tan buen humor.

—Hoy saldremos según escuché ¿cierto?

—Estamos decidiendo eso, pero tú no irás —le respondió Danna en modo autoritario, las últimas veces habían dejado a Eduardo encerrado en casa, para evitar tener que cuidarlo cuando salían. Era más fácil salir sin tener a alguien a quien cuidar.

—¿Por qué no? es momento que empiece hacerlo, debo aprender a defenderme —exigió Eduardo molesto.

—Está bien hijo, sí irás… les diremos a los jóvenes vecinos que nos acompañen y entre los cuatro te enseñamos mejor el cómo defenderte.

—Él sabe que debe apuntarles en la cabeza, él sabe defenderse… simplemente es un cagado que cuando ve a un zombi se paraliza… ni que le enseñes mil veces entenderá.

—Ya hija, no es necesario que me digas lo que ya sé. Evitemos problemas, hagamos lo justo para todos… ¿si un día no regresamos que será de él?

Mierda, papá tiene un buen punto —pensó Danna.

—Mejor salgamos, conversemos con los jóvenes y mañana salimos todos juntos ¿te parece?

—Está bien papá —Danna se controló para no salir golpeando todo a su paso. Se levantó, le regaló media sonrisa a su hermano y se fue a la sala. Se acostó en el gran sofá y se permitió seguir pensando en su rara teoría zombi.

Debería ir a la biblioteca y buscar libros que hablen de esos muertos, en el área de ficción ¿será? ¿Cómo es que algo que solo se ve en los libros pudo pasar? ¿Si yo fuera una zombi que haría? ¿Qué pensaría? ¿Mataría a muchos? —En cuanto Danna se preguntó eso último, su remordimiento de conciencia volvió a golpearla. Se le cerró el estómago de imaginarse matando a más gente… o siendo una enorme carne podrida caminante.

—Danna, vamos a ver a los vecinos… ¿quieres? Eso sí, vámonos caminando, es más rápido y menos complicado… ahorremos el combustible de los vehículos.

—Ok, papá.

—Yo voy con ustedes —dijo Eduardo.

—Tú no… tú te quedas —replicó rápidamente Alfredo. Eduardo puso mala cara y se dio la vuelta hacia la cocina.

Mientras, Danna se preparaba psicológicamente para por primera vez en cuatro meses, dar una caminata corta por los alrededores de su casa.

Capítulo 6: Viviendo una mentira

Danna no pudo evitar sentir ansiedad mientras caminaba tranquila por la acera de su casa. Veía a unos cuantos metros a varios zombis, pero estos caminaban lo suficientemente lentos como para no tener que preocuparse. En cambio se detuvo y apuntó con el arma. Pero su padre la detuvo.

—Déjalos… están algo lejos, mejor caminemos más rápido y entremos a la vivienda de los Ocando.

Danna asintió y entraron. El portón tenía un pequeño seguro, evidentemente lo zombis no estaba capacitados en inteligencia para abrirlo. Danna, metió su mano accionó el seguro y lograron entrar. La casa era como la recordaba, pero sí… el lugar tenía un mal olor. Alfredo se detuvo en la puerta principal y tocó la puerta.

—Chicos, es Alfredo su vecino —dijo sonriendo. Danna arrugó su frente al ver que su padre disfrutaba de su mínimo momento de vida normal. Si no estuviera el mundo lleno de zombis parecería que fuese cualquier día de

noviembre y que esto solo fuera una visita amistosa a un vecino.

—¡Voy! —respondió una voz masculina al otro lado de la puerta. En cuanto se abrió la puerta, Danna casi se cae de culo al ver lo bien parecido que era el joven.

Creo que tengo un problema hormonal —pensó Danna, al sentir cómo lentamente se le calentaba la sangre y sonreía como tonta—. *Sí, definitivamente haré lo mismo que papá, me haré cuenta que es un puto día normal* —terminó pensando Danna, regalándole una sonrisa al recién conocido, esta vez más consciente notando como él le devolvía la sonrisa e invitaba a pasar.

—Hola señor Alfredo ¿cómo está?

Este joven se ve educado, muy educado para ser verdad —pensó Danna—. *Mierda en veinte años no me conseguí un tipo así y todos estaban vivos, creo que eso de la selección natural si es cierta, aquí está frente a mí un tipo muy hermoso y aparte educado*—. Ante el pensamiento Danna soltó una carcajada y tapó su boca rápidamente con los ojos como platos al ver la cara confundida del recién conocido y su padre.

—Lo siento, estaba pensando en un libro que leí hace poco —mintió descaradamente y simuló ver la casa para romper el contacto visual.

—Estoy bien, Javier ¿y tu amigo? —preguntó Alfredo.

—Arriba descansando, desde que llegamos no hemos parado de dormir y descansar. Hemos leído y hojeado unos cuantos libros, aquí tenían una gran biblioteca, puede que nos quedemos más de cinco días. Pero ya sabe no les aseguramos nada… ¿A qué debemos su visita?

—A que mi hija y yo queremos pedirle que nos acompañen a buscar comida y municiones.

—Si me presenta a su hija, podría ser que me interesara un poco más acompañarlos —el comentario no le gustó mucho a Alfredo, pero no armaría un drama por eso. Así que hizo caso omiso.

—Ella es Danna, mi hija… Eduardo se ha quedado en casa —Alfredo haló a Danna y dijo—: él es uno de los chicos del cual te hablé, se llama Javier.

—Mucho gusto Danna —Javier le apretó la mano mientras ella lo miró con indiferencia para disimular su atracción por él.

Javier sonrió y se puso a conversar con Alfredo. Todos se sentaron en el sofá de la sala. Pero Danna no

logró escuchar nada de lo que hablaban, estaba entretenida mirando cada detalle del joven.

Blanco, ojos y cabello marrón, no muy alto, rasgos muy varoniles, era buenmozo pero no perfecto, aunque entraba evidentemente en el prototipo de hombre que le gustaba a Danna.

—Entonces me voy… tengo todo claro, mañana a primera hora salimos los cinco ¿te parece bien? —soltó Alfredo y Danna casi se pre-infarta al saber que ya se iban a ir y ella ni había pasado palabras con Javier. Así que actuó con inteligencia.

—Perfecto papá, oye por cierto ¿será que nos quedamos un rato y conversamos con los chicos antes de que nos volvamos locos viendo siempre las mismas caras? —Danna soltó la pregunta de forma desinteresada para escucharse creíble.

Alfredo guardó silencio, suspiró y le contestó:

—Quédate tú si quieres Danna, no veo justo dejar a tu hermano solo por más tiempo. Ya mañana me entretengo con los chicos exterminando zombis, mejor quédate y que él le dispare a esos muertos que estén cerca en la calle, para dejarte de vuelta en casa sana y salva… pero por favor —miró a Javier con cara seria— no dejes

eso para cuando escurezca, estaré al pendiente para no tardar en abrirle la compuerta cuando la dejes allá.

—Está bien señor Alfredo, no se preocupe —respondió Javier, levantándose del sofá y caminando hacia la puerta.

Danna no entendía la conducta de su padre, tan sobreprotector y que de repente la dejara allí con prácticamente unos extraños. Sin disimular dijo:

—Un momento papá, no te vayas —lo haló hacia el jardín y musitó—: ¿Oye papá qué fue todo eso? Me vas a dejar aquí sola, como si nada… ¿qué te pasa? Te volviste loco, tú no eres así… ¿qué intentas hacer? —Danna estaba desconcertada por el extraño comportamiento de su padre.

—Darte horas de normalidad, nada más… además eres demasiado evidente, el chico te gusta, casi babeas por él así que no sé… mejor no sigo hablando antes de que me arrepienta —Alfredo deseaba que su hija estuviera tranquila así fuera solo por unas horas, él sabía que el que Danna estuviera entre los jóvenes conversando, la podría hacer olvidar por un rato todo este infierno, le daba celos pero había aprendido todos estos meses en confiar más en ella, debía dejarla sola tarde o temprano y esta era una buena oportunidad, ya que estaba relativamente cerca— Eso sí,

revisa tu arma si este chico o el otro hace algo que tú no quieras, puedes matarlos a los dos.

Esto último casi hace que Danna se desmayara de la impresión. Sacó el arma de la pretina de su pantalón, la revisó de nuevo para asegurarse de que tenía todas las balas. Mientras que hacia todo eso, Javier los miraba con despreocupación, sí ella fuera su hija él haría lo mismo. Así que no dijo palabra alguna a pesar de que había escuchado las últimas palabras de Alfredo.

—Gracias, papá —Danna le dio un beso y le cubrió las espaldas a su padre, mientras él caminaba hacia su casa, disparando a los zombis que se acercaban detrás de él. Mientras Alfredo disparaba a los que caminaba hacia él por el frente. Cuando vio que su padre estaba seguro en su hogar, entró de nuevo a la casa de su recién conocido.

—¡Qué raro, cuando salimos solo habían unos cuatro zombis cerca! —soltó Danna, con el ceño fruncido.

—Creo que ellos perciben el olor mejor que nosotros —respondió Javier— Vamos entremos, la experiencia me dice que no es bueno que nos dejemos ver.

Ambos entraron a la casa y se sentaron en el sofá como hacía unos minutos.

—¡¿Qué sabes de ellos?! —preguntó Danna, esperando que el respondiera algo que ella no supiera. Pero no, todo era confuso, la misma noticia, los mismos acontecimientos, al parecer no pensaban ni sabían del razonamiento que había hecho ella y su padre, así que no le comentó nada. Lo único nuevo era que aparentemente podían oler a los que sí estaban vivos, es decir no solo se dejaban llevar por el ruido o sonido de disparos como ella creía— ¿Cómo estás tan seguro que nos pueden oler?— terminó insistiendo.

—Te respondo esa pregunta y no hablamos más de esos muertos ¿te parece? —Javier sonrió ampliamente hasta el punto de dejar atontada a Danna, ella terminó asintiendo— El mejor ejemplo es lo que acaba de pasar hace un momento, pero si no te ha quedado claro, podemos salir y quedarnos frente a la casa, verás cómo poco a poco, más y más llegan para quedarse pegados a la cerca y si tienen suerte la podrían hasta derribarla y comernos.

—¡No, mejor dejemos esa prueba para otro día! —respondió Danna. Un silencio los invadió de repente.

—Mmm ¿Qué hora es? —preguntó un chico bajando por las escaleras.

—Hola Daniel, deben ser cerca de las once, no sé —respondió Javier. Danna lo miró y se dio cuenta que aparentaba unos veintidós años, no muy lindo como su compañero pero sí simpático. En cuanto la vio se detuvo en seco y la miró de arriba abajo.

—¿Es una zombi maquillada o estoy soñando? —Daniel tenía meses que no veía a una chica tan bonita. No era una chica de portada de revista, pero sí muy bien proporcionada y con un cabello castaño largo y bien cuidado. Bajó y vio hacia sus medianos pechos y le provocó agarrarlos, pero Javier la había visto primero así que la debía respetar. Ya luego lo convencería, para que se la prestara.

—Ni una, ni la otra —soltó una carcajada Javier—, es la hija del hombre que vimos ayer… del señor Alfredo.

—Ah… mucho gusto —Daniel, extendió su mano y la apretó mirándola de nuevo de arriba hacia abajo, Danna se sentía que estaba dentro de una carnicería y ella era un gran pedazo de carne.

¿Será este hombre, otro tipo de zombi? —Se preguntó Danna, en tono de burla para sus adentros.

—Soy Danna —ella lo miró detallando sus ojos y cabello negro.

—Bueno me voy arriba, no hagan ruido por favor… necesito intentar dormir sin que una imagen de toda esa gente muerta y los hdp zombis aparezcan en mi mente, solo bajé para tomar un poco de agua.

—Ok Daniel, descansa —respondió Javier riéndose— suerte con eso de no pensar en zombis.

—Gracias idiota —respondió rápidamente Daniel.

—¿Desde cuándo se conocen? —preguntó Danna, al quedarse de nuevo sola con Javier.

—Era mi vecino, vivíamos en el municipio Santa Rita. Cuando todos empezaron a comerse hace unos meses, nos escondimos en casa de un amigo, pero al final todos murieron y los demás son zombis en este momento. Decidimos pasar por este municipio movernos cada cinco o siete días, buscar comida, municiones y seguir moviéndonos. No nos gusta quedarnos en un solo lugar. Instintivamente nos sentimos mejor así… queremos llegar a un lugar retirado, pero llevarnos con nosotros suficiente alimentos.

—Entre más retirados se escondan, será más difícil conseguir comida —le interrumpió Danna.

—Sí, pero no queremos tampoco quedarnos encerrados en una casa, el día que por mala suerte la calle se

llene de zombis y no podamos salir, ese día habrá acabado todo para nosotros.

—Es poco probable que eso ocurra —analizó Danna.

—Nosotros los vimos en nuestro municipio, varias calles se llenaron de gente muerta y eso es contraproducente. De nada te sirve estar en una casa seguro si no podrás luego salir.

—Cierto —asintió Danna sonriéndole ampliamente.

—Cambiemos de tema… dijimos que lo haríamos —se defendió Javier, por si Danna se incomodaba por su insistencia evidente en saber de ella.

—Sí, tienes razón… dime ¿de qué quieres hablar?

—Mmm, cuéntame ¿tienes algún novio vivo?

Danna soltó una risa por lo bajo y miró al suelo, se sintió sonrojada sin poder evitarlo.

—No, ni vivo… ni muerto… te especifico esto último porque antes de todo este desastre de realidad, no tenía ninguno. ¿Y tú?... ¿Algunas novias muertas? —romper el hielo de esa forma, le sirvió a Danna para relajarse y sentirse cómoda.

—Solo una, y sí está muerta… bien muerta, me tocó matarla cuando intentó morderme, ese día cuando todo

esto comenzó… ella dormía conmigo… me defendí intentando ver qué le pasaba pero al final entendí que no era ella. No dudé ni un minuto en partirle el cuello con un golpe… al salir de mi habitación me topé con la misma realidad, y debí hacer lo mismo con mi hermano y padre.

—Huy, que mal… lo siento no quise remover ese recuerdo —musitó Danna apenada. A los pocos segundos notó que Javier se ponía extraño, tenía como ganas de toser, luego reventó a carcajadas.

—¡Mentiraaaa!… nada de eso pasó —Javier se veía divertido, hasta el punto en que se le salió una lágrima.

—Desgraciado —le reprochó Danna, golpeándole el hombro. Ese comentario no le había hecho gracia.

Creo que sí tengo problemas hormonales, no soporto que alguien sea tan insensible —pensó, levantándose mientras caminaba hacia la puerta.

—Hey no te vayas, no fue mi intensión —dijo Javier a su espalda, pero ella no le prestó atención— ¡Hey ven acá! —Javier apretó su brazo y la haló hacia él, dejándola muy cerca de su cuerpo, hasta el punto que pudo oler su piel limpia, estaba cansado de olfatear ese hediondo olor a sangre y carne podrida.

Sin pedir permiso y sin aviso Javier se dejó llevar por su instinto y besó a Danna. Primero bruscamente pero luego de unos segundos ella le correspondió el beso, haciendo cada movimiento más delicado y excitante.

—Para… de…de…ten…te —dijo entre besos Danna, mientras que Javier intentaba comerse sus labios. Javier se separó dejándose ver aturdido por su excitación y a la vez confundido, él sabía que no estaba haciendo nada que no quisiera Danna.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Vamos muy rápido, llévame a casa —Javier, ignoró las palabras de Danna e intentó volver a acercarse pero ella mantuvo la distancia colocando ambas manos sobre su pecho— Sí, Javier… me gustas… pero deja que asimile todo y lo intentamos ¿te parece?

Javier suspiró pero se separó de ella.

—Está bien Danna. No tengo problema con eso — ella se fijó en la protuberante erección que él tenía, pero decidió subir la mirada antes de que se arrepintiera de lo que decía y hacía.

—Llévame a casa, ya mañana nos vemos un rato más… y vemos de qué va todo esto. ¿Me entiendes?... ¿te parece?

—Sí Danna, te entiendo… y no me parece… pero no te obligaré a nada —Danna sonrió ante la sinceridad de Javier.

—Vamos, te invito a dispararle a unos cuantos zombis, lo tomaré como nuestra primera cita, será corta pero llena de adrenalina ¿aceptas la invitación?

Danna se rio por lo alto y sacó su revólver.

—Sí, acepto… vámonos entonces.

El camino de regreso no fue muy movido, solo habían siete zombis caminando por la calle, pero Javier era bueno disparando así que ella solo logró darle a dos.

Estando frente al gran portón de su casa Danna le preguntó:

—¿Nos vemos mañana? —Danna no sabía que era más increíble, si un montón de gente muerta, o que ella conociera a un chico tan encantador entre tanta gente sin vida.

—Mañana bien temprano en la mañana, no te quedes dormida ¡ok? —Javier metió su arma en el bolsillo delantero derecho de su pantalón… se acercó y le dio un corto beso a Danna.

—No, no lo haré —dijo lentamente Danna, mientras que Javier le daba la espalda y caminaba hacia la casa de los Ocando que ahora era su casa.

Al entrar a la sala vio a su hermano con una sonrisa en la cara, a punto de empezar a reírse.

—¡Cierra la boca y no le digas nada a papá!

—¡Papá!... Danna regresó y tiene cara de idiota —gritó Eduardo riéndose.

—Cierra la gran boca que tienes si no quieres que mañana deje correr unos cuantos zombis detrás de ti —Eduardo se puso blanco de la impresión—. Así me gusta, lindo y obediente —murmuró Danna en tono burlón.

Danna subió a su habitación, no sin antes pasar por la de su padre. Lo vio acostado leyendo un libro, pero no quiso molestarlo.

El resto del día se la pasó, como decía su hermano… con cara de idiota pensando en Javier.

Capítulo 7: Nada es lo que parece

—Danna, despierta —Alfredo movió a Danna a la altura de la cintura.

—¿Qué papá? ¡Déjame dormir!

—No me jodas Danna… te quedaste dormida, debemos salir ya a buscar la comida… estamos sin nada en la despensa.

¡Me lleva el diablo! —Pensó Danna, mientras se levantaba de voladas a cepillarse. No sin antes tirarle un beso a su padre, con cara de "soy linda" para bajarle la molestia de Alfredo.

Mientras se cepillaba notó que casi no le quedaba pasta de diente. Y sí, el mundo estaba envuelto en mierda con todo esto que pasaba, carne muerta caminando por todos lados esperando la hora de darle un mordisco a su lindo cuerpo, pero no había nada peor en este mundo que tener mal aliento. Así que hoy no olvidaría pasarse por el pasillo de las pastas dentales.

—Bien papá, ya estoy lista —dijo diez minutos después. Se había arreglado rápido pero sin descuidar los detalles para gustarle un poco más a Javier. Se había puesto

un jean pegado, un suéter manga larga y tenis blanco, además de aplicarse un poco de brillo en los labios.

—¿Vas a enamorar a un zombi o qué? —preguntó Alfredo, haciendo caso omiso de que estaba enterado de que Danna le gustaba el chico que le había presentado ayer.

Danna puso los ojos en blanco, subió y bajó los hombros.

—¿Papá, mi arma está completamente cargada? —preguntó para cambiar la conversación.

—Sí, y tiene puesto el silenciador al igual que la de Eduardo y la mía.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo decidida, bajando por las escaleras para abrir la puerta principal.

Para su sorpresa, en solo unos segundos vio pasar a más de quince zombis.

—¿Hey, qué pasa? Últimamente estos desgraciados no se veían tanto por aquí.

—Algo capta su atención pero no sé, qué pueda ser —respondió Alfredo, pero a Danna le llegó a la cabeza el comentario que había hecho ayer Javier… «Los zombis perciben mejor el olor», entonces estaba claro que los buscaban a ellos. Y como últimamente caminan en grupos entonces convierten la condición de salir aún más peligrosa.

—Eduardo intenta montarte en el techo de la casa y fíjate cuantos se ven por la calle —sugirió Danna. Eduardo con mala cara, buscó una escalera y subió. El paisaje no era muy alentador, pero si lograrían pasar.

—Hay como treinta que caminan hacia acá, pero podremos pasar, debemos salir en la Hummer de papá, en tu carro sería muy difícil —gritó Eduardo, desde el techo de la casa.

—Ok baja, eso mismo haremos —gritó Danna, haciéndole seña con su mano para que bajara.

Se montaron los tres en la camioneta y abrieron el portón eléctrico, arrollando a un zombi que estaba caminando lentamente hacia dentro del jardín de la casa, al salir Alfredo le disparó en la frente a cuatro de los muertos que estaban más cerca, mientras Eduardo accionaba el botón del control para que el portón se cerrara.

Dispararon consecutivamente para despejar la carretera y se detuvieron frente a la casa de los Ocando. Mientras esperaban que salieran los jóvenes. La camioneta alrededor se llenó de zombis y debieron subir los vidrios para evitar ser mordidos ya que se quedaron sin balas. Danna se quedó anonadada cuando vio a salir a Javier con un arma en cada mano, y Daniel tras él sonriendo. Javier

disparaba sin inmutarse todo a su paso desde dentro de la casa. Al abrir el portón ya no habían zombis cerca de la camioneta. Se montaron en el puesto trasero acompañando a Eduardo y dijeron al unísono:

—Buenos días.

—Buen día Javier, buen día Daniel —respondió Alfredo—, este es mi hijo Eduardo.

Eduardo asintió y saludó con la mano.

—Un placer, Eduardo —respondió Javier, Daniel a su vez miraba a Danna aun sonriendo.

—¿Haremos lo que hablamos ayer? —preguntó Alfredo, mirando a Javier.

—Sí. —Javier tocó el hombro de Danna y dijo—: Vamos al supermercado que está por el núcleo de la universidad del Zulia, ese que está cerca de la gasolinera… tú papá me habló de ese lugar ayer, yo no lo conozco pero supongo que él te dirá.

Danna recordó que en esa gasolinera conoció a Alexandra. Estaba segura de dónde quedaba el lugar, su única objeción es que el establecimiento era muy grande y por consiguiente más difícil controlar la situación.

—Ese lugar es peligroso papá, te lo dije ayer.

—Sí, hija pero somos más, podremos defendernos mejor.

—¿Cómo, si nos hemos quedado sin balas?

—Nosotros trajimos cuatro armas y aquí tengo suficientes balas —respondió Daniel, haciendo contacto visual con Danna por el retrovisor. El tipo le parecía algo pedante a Danna.

—Entrégame las balas entonces y vamos a ese jodido lugar… no quiero armar de esto una discusión —Danna aceleró la camioneta y le llegó a dos zombis adrede, haciendo que el vehículo se moviera bruscamente en la carretera.

—¿Te molesta algo? —preguntó Daniel.

—No, yo soy así siempre —contestó Danna, manejando hacia el lugar, estaban a unos cinco minutos de llegar.

—Toma hija, tu arma está cargada.

—Gracias papá.

Al llegar, estacionaron la camioneta en el gran estacionamiento que tenía unos cuantos carros abandonados. Había alrededor de cincuenta autos. Al bajarse notó un niño zombi encerrado en un carro. Este

hacia un sonido diferente, si fuera una persona juraría que se quejaba.

—Mátalo —sugirió Danna— Yo no lo hare, hazlo tú —concluyó.

—¿Qué? ¿Te da sentimiento matar a un gran pedazo de carne podrida? No es un niño, es un zombi… puedo asegurarte que si lo suelto en este momento, ese bicho no dudará en saltar sobre ti y arrancarte el cuello —Daniel se acercó al auto y sostuvo la manilla de este.

—¡No lo abras! Dispara de una vez —exigió Eduardo, colocándose detrás de su padre.

—Haría mucho escándalo, aún y disparando con las armas que tienen silenciador. Este lugar está desolado, si hay alguien adentro —Daniel señaló hacia la puerta del supermercado, se veían destruidas ya que tenían puertas de vidrio, y el lugar se veía oscuro puesto que carecía de traga luz— nos escuchará, es mejor que evitemos en lo posible mostrar nuestra ubicación, ya de por sí nos deben oler.

—¿¡Oler!? —preguntó asombrado Alfredo.

—Sí papá, ya te explicaré —dijo Danna, observando a Daniel con atención.

El niño zombi estaba demacrado, demasiado delgado y en cuanto vio a Daniel se volvió loco por él. Se golpeaba

una y otra vez contra el vidrio de su cárcel temporal. Los sonidos eran fuertes e imponentes, parecía exigirle a Daniel que abriera la puerta para poder morderlo.

Cuando Daniel, colocó la mano en la manilla. El zombi se quedó en completo silencio.

—¿Vieron eso? —dijo Daniel, asombrado.

Daniel se alejó del auto y el zombi empezó a gritar de nuevo.

—¡Mierda, no puede ser posible! —exclamó Javier asombrado.

—¿Ese maldito zombi piensa? —preguntó Daniel, asombrado dando un paso hacia adelanta para poder abrir la puerta. Y ocurrió lo mismo. Cuando tocó la manilla, el feo zombi que parecía inteligente se calló la boca de inmediato.

El chiquillo tenía un peluche destrozado a un lado. Danna se lo imaginó ahí en su auto, el pequeño niño de unos diez años, esperando que su padre o madre volviera del supermercado cuando todo esto empezó. El primer día la gente se volvió loca buscando comida para largarse de la pequeña ciudad.

—Oye espera, no lo mates aún —chilló Danna.

—Muy tardía tu petición —se burló Daniel, abriendo la puerta del automóvil. El zombi se abalanzó contra él con desespero. Pero Daniel lo agarró por el cuello, lo alzó y disparó en la frente. Como el impacto fue muy cercano, la sangre negra del zombi salió disparada por detrás del cráneo ensuciando de sangre todo el automóvil donde lo habían sacado.

—¿Cómo se contagió este niño? —preguntó Danna, analizando mentalmente la hipótesis de que su familiar lo hubieran dejado sano en el auto cuando fue en la búsqueda desesperada de comida— Si lo trajeron hasta aquí es porque estaba sano —concluyó.

—Tienes razón, nadie manejaría con un zombi en el puesto trasero —opinó Alfredo.

—Sí, y su padre o madre deben de estar allá dentro —señaló Daniel—. Es poco creíble que el familiar de este niño lo haya dejado aquí abandonado.

—Déjame revisar el cuerpo Daniel —sugirió Javier.

Él le levantó la camisa y no tenía ninguna herida… pero cuando revisó su pierna, notó una venda, la quitó y a pesar de que su piel estaba muy pegada al hueso. La herida en la pierna indicaba que había sido mordido.

—Pobre, capaz y quien lo trajo aquí no sabía cómo era aún el asunto del contagio o simple lo dejaron abandonado porque sabían que se convertiría y no tenían corazón para darle la bala de gracia —dijo Javier, dejando el cuerpo del chico en el piso del estacionamiento.

—¿Por qué esa conducta? Tú viste cómo se calló la boca —preguntó Danna, cerrando sus ojos y tocando el tabique de su nariz. No podía creer lo que acababa de ver. Y no lo entendía.

—Él sabía que tenía posibilidad de comer, es la única respuesta que me llega en este momento. Ya tendremos tiempo de analizar y si es posible buscar más niños zombis y ver su conducta. Algo debe de darle explicación a eso que vimos —respondió Javier apuntando hacia dentro del establecimiento— caminemos y no nos separemos. Agarren cada uno un carrito de compra y llenemos entre todos el maletero de comida.

—Mejor yo me separo e intento encender un automóvil de estos. Así lo llenamos también de comida —sugirió Daniel, sonriendo.

—No, mejor vente con nosotros —exigió Javier, mirándolo con mala cara.

—No, voy a buscar un automóvil y lo llenaremos de comida —replicó Daniel, dándole la espalda.

—Cómo quieras entonces malnacido terco —musitó Javier, un poco molesto. Pero respiró hondo y cambió la cara para que Danna no lo viera— Oye Danna, tú vas conmigo delante y tu papá y Eduardo atrás cubriéndonos la espalda ¿te parece?

—Sí, vamos —respondió, sintiéndose con la sugerencia más confiada.

Y así… entraron al gran supermercado. El lugar estaba a oscuras, se podían ver poco el comienzo del pasillo por la luz que entraba por las puertas del lugar, pero no el final. Estaba casi completamente a oscuras.

—Mierda este lugar es muy grande —murmuró Javier, mientras caminaban cautelosamente.

—Tranquilo Javier, ven por aquí —dijo Alfredo, caminando hacia el área de las pastas.

El lugar estaba un poco desordenado, productos en el suelo, algunos estantes estaban tirados hacia un lado, pero se veía aún bastante lleno de alimentos.

Empezaron a meter en el carrito y escucharon el sonido de una lata al caer.

—¿Se le cayó a alguien algo? —preguntó Alfredo.

—No —dijeron Javier y Danna.

Alfredo volteó hacia Eduardo y él negó con la cabeza. No le dieron importancia y siguieron caminando adentrándose en el pasillo. A medida que caminaban sus ojos se iban acostumbrando a la falta de luz. Y como la poca luz se proyectaba detrás de ellos podían ver un poco mejor los artículos.

—¿Qué huele así? —preguntó Eduardo, mirando hacia atrás pero no logró ver nada.

—Debe ser algún cuerpo muerto, percibí el olor hace unos segundos —respondió Alfredo.

—Oye papá voy a buscar jabón y crema dental —dijo Danna.

—Yo voy con ella —soltó con rapidez Javier.

—Ok vayan, pero rápido por favor, nosotros estaremos aquí, cualquier cosa griten con fuerza.

Danna caminó con cautela mientras que Javier la seguía. Caminaban con lentitud pero apuntaban con su arma en todo momento. Luego de pasar ocho pasillos, Danna sintió un fuerte empujón, que la dejó sin habla del susto.

Javier la movió hacia la pared y tapándole la boca para evitar que emitiera algún sonido, la besó por su cuello y dio pequeños mordiscos, abrazándola por la espalda.

—No es un zombi, soy yo que muero por besarte —la volteó y besó vigorosamente— y quiero hacerte de todo en este momento.

—Nos van a ver… es peligroso —Danna estaba indecisa pero deseaba al chico, todo su cuerpo lo ansiaba. Necesitaba un respiro… ella quería sus besos… demandaba el fuerte y bien formado cuerpo de Javier… no sabía si mañana viviría y le urgía no perder ese momento.

Danna no pudo resistirse y se dejó llevar por el cúmulo de sensaciones.

***

—Estos autos de mierda, no son lo suficientemente grandes para llenarlos de comida, que mierda el estúpido plan de Javier —Daniel caminó enfocándose en ver si uno de esos autos podía prender sin la llave, habían camionetas que tenían hasta sistema de dígitos para abrir la puerta.

—¡Mierda! —gritó Daniel, al ver que una manada de zombis caminaban erráticamente desde un lado del establecimiento hasta el portón del supermercado. Estaba

tan concentrado buscando abrir un automóvil que no vio venir la gran mancha negra.

Vio a los lados y solo tenía la gran cerca de rejas de acero del supermercado que le impedían el paso a su espalda, con solo doce balas en el cartucho y unas cuantas más en su pequeño bolso, le sería imposible avisar a su compañero y recién conocidos.

—Me lleva el diablo —empezó a disparar frenéticamente a ver si con eso escuchaban desde adentro. Pero después de haber disparado cinco veces, notó dentro de su desespero que el arma tenía un silenciador, que le había dado Alfredo para evitar lo máximo posible atraer más zombis. Se lo quitó como pudo y vio lentamente como casi treinta zombis habían desviado la atención hacia él —esta vez disparó el resto de las balas dándole limpiamente en la frente a los muertos más cercanos. Pero nada evitaría su fatídico final.

Daniel asustado se subió sobre el techo de una camioneta, tratando de evitar que lo alcanzaran los muertos.

—Ya verán de lo que soy capaz desgraciados —gritó Daniel, buscando el bolso con las balas, para darse cuenta

que mientras se montaba sobre la camioneta había perdido su bolso con el resto de las balas que lo acompañaban.

En pocos minutos la gran camioneta se movía hacia los lados fuertemente, por la insistencia y empuje que ejercían los zombis. Él intentaba no caerse, mientras veía como cada vez más muertos vivientes caminaban hacia la puerta principal del supermercado, hacia donde estaba su mejor amigo y sus recién conocidos.

***

—¿Papá, esos son disparos? —preguntó asustado Eduardo al final del pasillo, mientras seguía llenando el carrito de enlatados, ya que habían caminado por dos largos pasillos.

—Sí hijo —musitó Alfredo— ¡Danna disparos desde el estacionamiento! ¿Dónde estás hija? —gritó preocupado.

—¡Papá! —gritó Eduardo, al sentir un fuerte dolor en el cuello— colocó una de sus manos sobre dónde provenía el dolor y sintió algo caliente, bajó la mirada y su sangre empezaba a cubrirle la camiseta, de inmediato sintió otro gran dolor a la altura de la costilla… y otro en su pierna derecha; la ropa no lo cubría como pensaba, el dolor

se sentía como si tuviera la piel expuesta —¡papá auxilio!— volvió a gritar Eduardo esta vez más aterrado.

Y no paró de gritar por los siguientes segundos, que le parecieron Alfredo miles de horas.

—¡Nooo! —gritó Alfredo, corriendo hacia Eduardo para ver qué pasaba, pero cuando enfocó mejor su vista, se dio cuenta que más de seis zombis se comían literalmente a su hijo. Puso los ojos como platos y se paralizó por unos segundos. Al ver que no podía hacer nada, su mente le gritó… ¡Corre!

Alfredo corrió por el lado contrario del pasillo, al salir vio como Danna corría hacia él, con Javier a su lado subiéndose la cremallera del pantalón, no le dio importancia, tenía la adrenalina a mil por hora, por todo su cuerpo y las lágrimas salían al recordar lo que acababa de pasar.

—¿Qué fueron esos disparos, los hiciste tú papá?

—¡No hija! No sé quién los hizo, imagino que fue Daniel.

—¡¿Qué fueron esos gritos papá?! —gritó Danna llorando, porque ella sabía ya la respuesta.

—Hay unos zombis en el pasillo cuatro, estaba ahí con Eduardo y no los vi venir Danna… perdóname —

Alfredo lloraba sin control— Danna lo siento —musitó esto último.

—Tenemos que lárganos de aquí, Danna ve a buscar la camioneta, ponla en el frente, intentaré llenar el carrito de lo que pueda y nos vamos de aquí —dijo Javier—. Fíjate cómo está Daniel, lo más seguro es que vio a unos de esos HDP y los asesinó para evitarnos peligro… solo escuché pocos disparos —concluyó.

Danna corrió hacia la puerta principal, mientras que Javier apuntaba de nuevo todo a su paso y Alfredo llenaba un carrito de compras envuelto en lágrimas.

—Vamos señor apúrese, debemos salir de aquí esto está evidentemente infectado, más tarde tendrá tiempo para llorar —dijo Javier, mientras que introducía más comida en el carrito, esperando poder llevarse lo más que pudiera.

—Cállate desgraciado, les dije a ustedes dos que se apuraran buscando las cosas de uso diario y tardaron casi quince minutos en devolverse y al final no trajeron absolutamente nada, ¡no me digas qué hacer, y qué no! —gritó esto último Alfredo perturbado, estaba molesto, lleno de ira y a la vez sentido por la repentina muerte de su hijo.

—Señor Alfredo ¿Qué está insinuado? —lo miró Javier con mala cara. Quería deshacerse de él y este era un

buen momento. Todo había salido según lo planeado. Daniel se quedaría fuera del supermercado, mientras que él buscaba la manera de persuadir a Danna para que terminara de caer en sus redes. Luego de un tiempo prudente Daniel haría unos tiros al aire, él mandaría a Danna a buscar la camioneta y así estaría a solas para dispararle en la frente una bala al estúpido chico y al padre de Danna. Ya luego se encargaría de decirle a ella que habían sido los zombis los que eliminaron a sus familiares. Y que los disparos fueron para escapar de ser mordido.

Pero el destino le había ahorrado el trabajo de eliminar al estúpido hermano de Danna, y solo quedaba eliminar a Alfredo para que así Daniel y él pudieran disfrutar de Danna, así como lo acababa de hacer hace un momento. Estaba demostrado que la chiquilla se dejaba llevar por las hormonas, así que no sería difícil persuadirla para que hiciera lo que él quisiera.

—¡¿Acaso me crees estúpido?! —gritó Alfredo, caminando cerca de él para poder empujarlo.

—¡No! —replicó Javier, mientras le apuntaba la frente a Alfredo. Este último se quedó paralizado ante la acción del joven.

Pero no le dio tiempo de apretar el gatillo, porque Javier sintió un dolor en la pierna izquierda y gritó con todas sus fuerzas. El grito sacó del trance a Alfredo, y corrió hacia atrás lejos de Javier. Alfredo escuchó dos disparos. Antes de sentir un fuerte dolor en su estómago y caer.

Capítulo 8: Pérdida definitiva

—Esto no puede ser —pensó Danna, al salir por la puerta del supermercado. Más de treinta zombis movían con fuerza una camioneta y arriba de ella estaba Daniel. Mientras los que parecían unos cincuenta caminaban lentamente hacia la puerta del supermercado. El estacionamiento era muy grande. Y eso era una ventaja para ella.

—¡Hey, no me dejes aquí!… ayúdame —grito Daniel, se veía desesperado. Pero mientras que él no cayera hacia a el asfalto, estaría a salvo.

Danna corrió hacia la Hummer, la encendió, y manejó hacia la puerta del supermercado, desesperada empezó a presionar la corneta de la camioneta. Pero ni Javier, ni su padre salían.

—Vamos papá, sal por favor —siguió insistiendo con la corneta de la camioneta, miró hacia a un lado y revisó sus posibilidades. Si bajaba de la Hummer y buscaba a su padre, tendría solo cinco minutos aproximadamente para volver, sin pensarlo dos veces se bajó y corrió de nuevo hacia dentro del establecimiento.

—Papá —gritó Danna, feliz al verlo caminar con lentitud hacia ella, con el carrito lleno de comida— Vamos papá apúrate, vienen hacia acá una manada de zombis ¿y Javier? —preguntó mirando detrás de él.

—Hija toma —Alfredo apretaba su estómago con una de sus manos y Danna se dio cuenta— ¿Qué te pasó papá? —Danna lo haló, Alfredo cojeó y chilló de dolor— ¡¿Papá qué te pasó!?

Alfredo no quería responderle.

—¡Responde papá! —gritó Danna, y vio cómo ahora detrás de su padre, caminaban cinco zombis hacia ellos. Podrían ser más pero no distinguía entre la oscuridad.

—Llévate el carro Danna y júrame algo… no te dejes morir… lucha hasta el final.

—¡¿Papá que dices?! ¡Camina maldición… camina!

—Javier me disparó en el estómago… ese chico intentó matarme y un zombi me mordió la pierna hija… lárgate de aquí… vete y no te dejes morir… Javier fue asesinado por varios zombis —le gritó su padre, mientras se le salían de nuevo las lágrimas— esos chicos son malos hijas, no me di cuenta y te expuse.

Esas palabras le cayeron como un balde de agua fría a la joven. Sintió como el mundo se le fue abajo, en solo

una tarde había perdido a su amado hermano, a su padre y se había dado cuenta que el hombre que le gustaba era un desgraciado.

—Lárgate Danna, yo no me convertiré en un zombi —le volvió a gritar Alfredo, y empujó el carrito sobre el cuerpo de Danna—, vete hija.

—Papá te amo, perdóname por todo lo malo que hice —Danna lloraba, su rostro estaba todo mojado por la corriente de lágrimas.

—Te amo hija, no te preocupes eres una jovencita — le dio un beso en la mejilla y sin previo aviso la empujó—, vete y cuídate siempre, no te preocupes por mí… ya te darás cuenta cuando yo me haya ido.

Danna no entendió eso último pero asintió y corrió hacia la camioneta. Mientras tiraba rápidamente los productos dentro de la camioneta escuchó un disparo que venía desde dentro del supermercado… y el corazón se le detuvo.

Ahí estaba la prueba, de que su papá se había ido… él se había suicidado para no convertirse en un zombi.

Danna disparó a los muertos que tenían cerca, mientras que Daniel gritaba iracundo:

—¡Hey, ayúdame… no me dejes aquí!

Danna encendió la camioneta y arrancó a toda velocidad, arrollando a muchos zombis a su paso. Dio varias vueltas al lugar, atropellando a todo lo que le pasaba por el frente.

—¡Hijo de puta, ya verás! —murmuró Danna, mirando hacia donde estaba Daniel con ira contenida, manejó directo a la camioneta donde estaba él y cuando estuvo cerca aceleró y chocó contra el vehículo estático aplastando a cuatro zombis de una sola vez, partiéndolos a la mitad y enviando a unos cuantos metros lejos a Daniel por los aires.

En cuanto los zombis vieron el cuerpo de Daniel arrastrándose, caminaron hacia él.

—No me dejes aquí, te lo suplico… aaayúdame… ¡Danna perra no me dejes aquí! —gritó desesperado, aterrado al ver como caminaban esos muertos hacia él.

Danna bajó el vidrio y le gritó con todas sus fuerzas:

—Muérete hijo de puta, espero te coman lentamente.

Ella no vio su trágico final, ya que salió del estacionamiento a más de cien kilómetros por hora, intentando alejarse de su cruel realidad

***

Cuatro meses después...

Hoy debo salir de nuevo… y no lo quiero hacer. No tengo comida ni municiones –Danna se levantó y revisó su arma–, me quedan cinco balas. Tengo meses que no veo absolutamente a nadie vivo. Esta soledad me está consumiendo, pero le prometí a mi padre permanecer viva lo más que pudiera.

Danna cerró su diario dejándolo sobre su cama y bajó las escaleras. La casa estaba completamente limpia, en estos meses no hacía nada más que limpiar, leer y escribir en su diario los sueños que tenía con su padre y hermano, además de sus locas teorías zombis. Esperando a ver si esta situación pasaba, pero en la realidad todo seguía igual.

—Bueno Danna, hoy es 28 de marzo del 2014, liguemos un poco y esperemos que hoy consigas a alguien vivo, ya está bueno de hablar contigo misma —murmuró montándose en su auto, porque la camioneta se había dañado la última vez que la había manejado, fue el día en que perdió al resto de su familia.

Ya había pensado la estrategia y marcado la ruta en un mapa, sobre la salida de hoy como lo hacía con su padre, iría a un supermercado pequeño de la carretera "H" buscaría municiones en el destacamento 33 que era el

último lugar que quería visitar, pero lo necesitaba para estar protegida y luego se devolvería a su casa.

Cuando estaba a la altura de la carretera Intercomunal con la carretera H vio como una sombra negra se posaba sobre la calle.

—¿Qué mierda es eso? —dijo sobresaltada.

Decidió avanzar unos cuantos metros más y frenó de golpe.

—¡Zombis! —podía escuchar los sonidos guturales que hacían en coro, el olor a putrefacción casi la hace vomitar, nunca había visto tantos zombis juntos.

Dio la vuelta de retroceso y decidió tomar el plan B. Iría hacia la carretera "J" buscaría primero algo con que defenderse, ya que por ahí había un pequeña estación de policía y ahí mismo había un pequeño supermercado, podría buscar alimento de forma segura y regresar a casa.

En cuanto Danna cruzó, en la avenida Intercomunal para entrar en la carretera "J", notó que algo fallaba.

—¡Maldición los frenos están fallando! —masculló.

No pudo detener el automovil, esquivó los autos abandonados en la vía, pero no pudo evitar estrellarse casi al frente de un supermercado que pensaba visitar al salir de la pequeña estación de policía.

Fue así como Danna García, empezó a vivir el último día de su vida, y terminó muerta en manos de su recién conocido cobarde llamado Marcos López.



Próxima entrega…

Relato 3: Entendiendo a los Muertos.

Toda acción tiene su consecuencia.

Es una lástima que la gran mayoría de las personas se les haga más fácil actuar mal, cuando se les dan varias oportunidades de hacer el bien.

Kassfinol

Próxima entrega…

Relato 3: Entendiendo a los Muertos